



Para la proclamación del Evangelio y la edificación del cuerpo de Cristo

EDICIÓN DIGITAL · N° 98 · Septiembre 2025



La perseverancia de Daniel
La visión del Hijo del Hombre
Y me seréis testigos
Construyendo con sabiduría
La visión de gloria
La eternidad de la Cruz
El gran amor de Cristo

ESTUDIO BÍBLICO

El día de la resurrección

VIDA CRISTIANA

Vestir y comer

www.aguasvivas.cl

La Palabra que permanece

Han pasado cinco años desde la última edición de Aguas Vivas, y es muy grato volver a publicar esta revista, que el Señor ha utilizado como bendición para las iglesias de habla hispana.

Muchas cosas han cambiado en este periodo: nuestra forma de comunicarnos, a través de las redes sociales, las temáticas que la sociedad enfrenta hoy, y la adaptación a un nuevo contexto social. La ciencia y la tecnología también han ido explorando nuevos desafíos, abriendo con ello un mundo que desconocíamos tan solo hace cinco años atrás.

En una sociedad secularizada que ha llegado a relativizar toda verdad, los creyentes somos llamados a perseverar en la fe (Col. 1:23). En este contexto nos parece vital compartir con el pueblo de Dios, aquello que nos ha sido revelado por el Espíritu Santo. La palabra de Dios, que no está sujeta a los cambios socioculturales, es la que alumbró nuestros ojos (Salmos 19:7b-8), pues ella tiene esta cualidad: Permanece para siempre.

En esta edición, ahora en formato digital PDF, ofrecemos una selección de artículos que son síntesis de mensajes orales impartidos por obreros chilenos desde el año 2021 hasta el 2025, abordando temas como la visión celestial, el testimonio del Espíritu Santo, la edificación de la familia, y otros de permanente interés para todos los santos.

Gracias al Señor por su fidelidad y misericordia en todo tiempo.

INDICE

TEMA DE PORTADA

La perseverancia de Daniel. <i>Cristian Cerda</i>	3
La visión del Hijo del Hombre. <i>Gonzalo Sepúlveda</i>	11
Y me seréis testigos. <i>Rubén Chacón</i>	21
Construyendo con sabiduría. <i>César Albino</i>	32
La visión de gloria. <i>Marcelo Díaz</i>	40
La eternidad de la Cruz en la naturaleza divina. <i>Roberto Sáez</i>	48
El gran amor de Cristo. <i>Rodrigo Abarca</i>	58

ESTUDIO BÍBLICO

El primer día de la resurrección. <i>G. Campbell Morgan</i>	69
--	-----------

VIDA CRISTIANA

Comer y vestir. <i>Watchman Nee</i>	77
--	-----------

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

EDICIÓN DIGITAL · N° 98 · AÑO 2025

COLABORADORES

Rodrigo Abarca, Rubén Chacón, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Cristian Cerda,
Gonzalo Sepúlveda, César Albino

EDICIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Álvaro Astete, Mario Contreras

IMAGEN DE PORTADA

Alejandro Jamett

La visión del Hijo del Hombre, como clave de un servicio eficiente a Dios en un ambiente hostil a la fe.

La perseverancia de Daniel

Cristian Cerda

«Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y le echaron en el foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre» (Daniel 6:16).

Daniel estuvo en Babilonia hasta el primer año del rey Ciro. La caída del imperio babilónico fue el año 539 a.C. y, de acuerdo con los hechos del capítulo 6, la edad estimada de Daniel es cercana a los 85 años, lo que nos permite concluir que él ha estado al menos 65 años en Babilonia, no solo como un exiliado más, sino en la corte del rey, el centro del poder político, cultural y académico de aquella época.

Daniel tuvo que hacer un largo peregrinaje hacia Babilonia, una maravilla arquitectónica y un reino cosmopolita, en el cual tuvo acceso a las ideas mundiales, y fue educado en el lenguaje y la literatura de los babilonios.

Proceso de reeducación

Daniel 1:4 refiere que el rey pidió jóvenes apuestos y sin defecto, aptos para aprender de todo y para el servicio en el palacio, con acceso a la riqueza cultural de aquella época que distaba mucho de la realidad que se vivía en Jerusalén. Daniel fue reeducado en una cultura hostil a la fe de su pueblo y debió estudiar las ideas, la literatura y la comprensión del mundo según Babilonia.

El rey interrogó a los jóvenes judíos en todos los temas que requerían de sabiduría y de discernimiento, y los halló diez veces más inteligentes que

todos. Ellos debieron aprender a sujetarse a una autoridad terrenal que les era contraria, al mismo tiempo que debían mantener plena confianza en Dios.

En Daniel 4:19, la Escritura nos muestra cómo él, a pesar de estar en la corte del rey Nabucodonosor, cuando conoce lo que el rey había soñado, se queda desconcertado por algún tiempo. “El rey habló y dijo: Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación. Y el joven respondió y dijo: Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren”.

Daniel aprendió a sujetarse a una autoridad adversa, pero mantuvo su confianza en Dios. En el capítulo 4, él tenía cerca de los 50 años. Siendo nobles entre los judíos, Daniel y sus amigos fueron forzados a adoptar nuevas costumbres; incluso recibieron nuevos nombres que derivaban de deidades paganas.

A Daniel, cuyo nombre significa 'Dios es mi juez', se le cambió su nombre hebreo por Beltsasar, que significa 'adorador de Bel'. Esto hace que sea tan significativo que en el capítulo 6 cuando él ya tenía cerca de 85 años, Darío, un rey pagano, pueda decirle: *“El Dios tuyo, a quien sirves continuamente”*. Esta es una fidelidad a Dios a toda prueba.

Perseverando en un medio hostil

Es notable que el rey Darío diga de Daniel: “Tu Dios a quien sirves con perseverancia”. Esto nos indica que Daniel se manifestó independiente de los gobernantes a quienes tuvo que servir, manteniendo siempre su fidelidad a Dios. El libro de Daniel fue escrito en hebreo y arameo. Y en el capítulo 6, en arameo, la voz que en la mayoría de las versiones se traduce como *“continuamente”*, significa soportar, o resistir.

Por eso, es interesante mostrar que Daniel recibe el testimonio de un rey pagano, que señala que pudo servir a Dios, resistir los embates de una cultura hostil y mantenerse fiel a Dios. Este resistir es un soportar de manera voluntaria y prolongada, permaneciendo firme, perseverando en Cristo.

Hay una película llamada “Inquebrantable”, que narra la historia de Luis Samperini, un atleta que fue prisionero de los japoneses en la Segunda

Guerra Mundial. Al verla, impresiona la perseverancia de este hombre para resistir todo aquello que vivió, sin doblegarse.

En el epílogo, lo vemos ya anciano, en una imagen real, hablando de la necesidad que tuvo de perdonar a sus verdugos. Él dice: “Si odias a alguien, no estás lastimando a esa persona – te estás dañando a ti mismo. El perdón conlleva una sanidad personal”.

La causa de la perseverancia

Esta capacidad de soportar, llamada *resiliencia*, pareciera ser factible de alcanzar humanamente. ¡Cómo un hombre sufre tal cantidad de vejámenes y maltratos, y puede finalmente perdonar a su torturador! Y claro, lo que no aparece en la película es que este hombre conoció a Cristo.

La capacidad de resistir se puede estimular humanamente, pero no existe una capacidad de perdón si no está Cristo de por medio. Este hombre, luego de toda la experiencia que vivió, comenzó a beber, al punto que quedaba inconsciente. Pero, una vez que conoció al Señor, él fue transformado y pudo no solo ver la amarga experiencia vivida, sino que también pudo perdonar.

Dios nos ha llamado a estar en medio de un mundo hostil, y a perseverar en medio de él. Y esto no se logra por medios humanos: solo es posible a causa de la visión del Hijo del Hombre; porque un día nuestros ojos fueron abiertos, para saber que el reino de Dios vino en la persona de Jesucristo.

No importa la edad que tengamos, seamos fieles, perseveremos en Cristo Jesús. Ejemplo de ello es el profeta Daniel, quien, aun estando en medio de la idolatría reinante en Babilonia, pudo mantenerse fiel gracias a su visión espiritual.

Él y sus amigos eran dotados intelectualmente, y tenían tal sabiduría que el mismo rey testifica a favor de ello, señalando que era diez veces superior a la de cualquier otro de los hombres selectos que había en la corte. Y no solo eran dotados intelectualmente, sino también comprometidos espiritualmente.

Dos reyes, un mismo deseo

Hay un paralelo entre los capítulos 3 y 6 de Daniel: el capítulo 3 es el horno de fuego y el capítulo 6 es el foso de los leones. En ambos casos, el rey (Nabucodonosor / Darío) se establece a sí mismo como dios, demanda adoración, y amenaza de muerte al que desobedece. Estos dos capítulos paralelos muestran el clímax de la corrupción de una cultura que se independiza de Dios.

En Daniel 3:4-6, leemos: *“Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, 5 que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo”*.

Daniel 6:7. *“Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones”*. Pablo, explicando el evangelio en Romanos 1:18, señala: *“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”*.

Y en los versículos 22 y 23 agrega: *“Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible”*.

Este paralelo de los capítulos 3 y 6 del libro de Daniel muestra un anhelo desbordado de endiosamiento de una cultura independiente de Dios. Y nosotros estamos viviendo una cultura individualista, hedonista, centrada en el placer. Lo único que importa soy yo. Una cultura en que el individuo se va endiosando y puede tomar sus propias decisiones independiente de cualquier norma moral o de cualquier resguardo de Dios.

Veamos, por ejemplo, en nuestro propio país, la eutanasia (el hombre decidirá cuándo muere); el aborto (el hombre decidirá si acepta o no la venida de un hijo); la ideología de género (el hombre decidirá si estima

que él es hombre o es mujer). ¿Qué es esto, sino aquello que pone al hombre como centro y lo diviniza, y ante lo cual nadie puede oponerse? Los capítulos 3 y 6 establecen esto como un primer asunto importante de comprensión, el cual no es lejano a lo que ocurrió en Génesis capítulo 3. Recuerden la manera en que la serpiente se acerca a la mujer: *“Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios”* (Gén. 3:5). Y colocó ese veneno que estaba en ella, infectando toda la raza humana. Y sabemos que solo Cristo nos libra de aquello.

Pero no solo esto, en el paralelo de los capítulos 3 y 6 de Daniel, en ambos, la acusación es maliciosa. Hay una intención maligna de dañar a quienes manifiestan rectitud ante Dios. Leamos Daniel 3:8. *“Por esto en aquel tiempo algunos varones caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos”*.

Y de igual forma, en Daniel capítulo 6, versículo 4: *“Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él”*.

Un testimonio fiel

¡Qué hermoso es el testimonio de Daniel, aún frente a sus enemigos! El joven profeta era fiel, y ellos no hallaron ninguna falta en él. Versículo 5: *“Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios”*. Siempre habrá oposición contra quienes, por gracia, mantienen fidelidad al Señor, para acusarlo o perseguirlo.

1 Pedro 2:11-12, dice: *“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras”*.

Versos 19-20: *“Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios”*.

Así que, siempre habrá esta acusación maliciosa que vivieron los amigos de Daniel ante el horno, y que vivió también Daniel ante el foso de los leones. En ambos pasajes se ve este anhelo de divinizarse del ser humano. Pero también, en ambos, se les reconoce que sirven a Dios en medio de Babilonia.

Servir al Señor en todo ámbito

Daniel 3:17, dice que cuando estaban siendo llamados estos jóvenes, probablemente de unos 20 o 25 años, para rendir adoración a la estatua, ellos dicen a Nabucodonosor: *“He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego”*. ¿Dónde servían a Dios? En medio de Babilonia.

Y en el capítulo 6:20, es Darío quien le dice a Daniel: *“Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves...”*, o a quien perseveras en servir. En ambos casos se reconoce que la acción que están realizando en medio de Babilonia es un servicio a Dios.

Estos jovencitos le dicen al rey, el hombre más poderoso de aquella época: *“He aquí nuestro Dios, a quien servimos”*. ¿Podemos servir a Dios en medio de una cultura hostil? Sí. ¿Tenemos provisión divina para ser socorridos en nuestro servicio? Sí. ¿Podemos perseverar? Por supuesto que sí.

A veces, lamentablemente, distinguimos un área llamada secular y otra área llamada espiritual. Y pensamos que ambas no tienen ninguna relación, separando lo que es nuestra actividad cotidiana, de aquello que hacemos en nuestra relación con el Señor.

Pero Colosenses 3:23-24 nos dice: *“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís”*.

La autoridad de Dios sobre nuestras vidas

En ambos pasajes hay un hecho notable: se desafía la autoridad real. Se dio una orden que todos debían cumplir, pero estos jóvenes se negaron. Daniel 3:18: *“Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”*.

Todo el mundo se postraba por miedo a la sanción. Pero ellos no aceptaron la autoridad política por sobre la autoridad soberana de Dios en sus vidas.

Hay una carta de Martin Luther King, en la cual él contesta una pregunta: ¿Cómo puedes abogar por romper algunas leyes y obedecer otras? ¿Cómo podemos, en algunos casos, estar dispuestos a someternos a las leyes, y en otros casos tengamos que negarnos?

Él responde que hay dos tipos de leyes: justas e injustas. “Yo sería”, dice, “el primero en abogar por la obediencia a las leyes justas”. Toda persona tiene una responsabilidad legal, y también moral, de obedecer las leyes justas. Pero, al mismo tiempo, tiene la responsabilidad moral de desobedecer leyes injustas.

Una ley injusta no es una ley en absoluto. ¿Cuál es la diferencia entre ambas? ¿Cómo se determina si una ley es justa o injusta? Una ley justa es un código hecho por el hombre que se ajusta a la ley moral o a la ley de Dios. Una ley injusta no está en armonía con la ley moral. En los términos de santo Tomás de Aquino, una ley injusta es una ley humana que no tiene sus raíces en la ley eterna y la ley natural.

Ellos no estaban dispuestos a obedecer una ley contraria a lo que Dios les había enseñado. No iban a adorar la imagen, aun a costa de su propia vida.

Hubo una ley injusta dictada por Faraón, que todo hijo varón debía morir. Pero una familia de la casa de Leví dijo: “Aun cuando Faraón nos esté diciendo lo que tenemos que hacer, nosotros no haremos esto con nuestro hijo”. Y lo escondieron. Y aquel niño era Moisés.

Hay leyes injustas y, si bien debemos manifestar respeto y sujeción, no podemos estar de acuerdo en obedecerlas. Cuando conspiraron contra él, Daniel, un anciano de 83 años, *“entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes”* (6:10).

Cuando Daniel oye esa ley hace todo lo contrario. Es como en aquel pasaje cuando los apóstoles son amenazados y las autoridades les prohíben hablar respecto de Jesús, en Hechos 4:19-20.

“Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”.

No nos oponemos a la autoridad, reconocemos la autoridad y nos sujetamos a ella por causa del Señor, pero no vamos a hacer aquello que está en contra de la autoridad de Dios sobre nuestras vidas.

Este perfil combina de manera tan equilibrada en Daniel y sus amigos, una capacidad académica notable para su época, pero un compromiso irrestricto con los valores del pueblo de Dios.

Fieles a la visión

Una vez que Dios obra, y libra del horno o del foso, ambos reyes tienen que reconocer que hay una autoridad superior. En su soberbia, Nabucodonosor les dijo a los jóvenes: *“¿Y qué dios será aquel que os libre de mis manos?”* (3:15). Y después tuvo que reconocer que hay un Dios que libra en la angustia, y a pesar de que la ley no podía ser cambiada, tuvo que reconocer que hay un Dios a quien Daniel servía.

En este tiempo tan complejo que nos ha tocado vivir, hay un ruego, un anhelo, en nuestros corazones, y es que Dios nos provea de jóvenes, de hermanos, de ancianos, de niños, que tengan la visión del Hijo del Hombre y que sean fieles a esa visión, que puedan perseverar todos los días de su vida.

Aun cuando tengan acceso académico a lo mejor de este tiempo, no pierdan su compromiso con Cristo y, al contrario, puedan ser testimonios de fidelidad al Señor.

Gracias por conocer un poco más de la vida de Daniel y de sus amigos, de cómo perseverar en medio de Babilonia. Hay una capacidad humana para resistir, para soportar, pero nadie puede perseverar de esta manera si no tiene la visión del Hijo del Hombre gobernando sobre su vida.

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Campamento Virtual de Iglesias de Chile (Enero 2021).

La visión que trasciende el tiempo y que ha sostenido a los creyentes de todas las épocas.

La visión del Hijo del Hombre

Gonzalo Sepúlveda

«Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente» (Daniel 7:9-10).

Cuando Daniel tuvo esta visión del trono de Dios debió haber quedado muy impresionado. Lo describe de esta manera: el trono del Señor era una llama de fuego. Esta imagen nos recuerda de inmediato la zarza que ardía y no se consumía y que atrajo a Moisés, y Dios le habló desde allí.

Una visión del trono

El fuego es asociado con el trono de Dios en todas las Escrituras. Isaías vio «un trono alto y sublime», y se sintió morir. El trono es el centro de atención en Apocalipsis. Cuando Juan fue llevado al cielo, la primera imagen que él tuvo ante sus ojos fue «un trono» (4:2).

¡Qué seguridad nos da la existencia de ese trono! Todos los demás tronos desaparecerán, todos sus gobernantes son pasajeros, pero este es un trono eterno.

Qué majestad, qué poder, qué autoridad. Allí se toman todas las decisiones, de allí viene la gracia, el poder, los juicios más terribles. Allí se decidió la creación de todo el universo, y también, la salvación de todos los hombres.

Allí se tomó el consejo eterno: «¿Quién irá por nosotros?» (Is. 6:8). Fue allí cuando el Verbo eterno, que estaba con Dios desde el principio, antes

de la creación de todas las cosas, dijo: *«Heme aquí, envíame a mí»*. Desde ese trono se decidió que un día la tierra sería juzgada por su pecado a través de un diluvio.

Cuando se pierde de vista ese trono, nos volvemos livianos; cuando sus criaturas dejan de verlo o cuando ese trono es desafiado, no queda más que oscuridad, perdición, corrupción, inmoralidad y aparece toda la maldad del hombre que perdió de vista a su Creador. ¡Qué solemne es el trono del Señor!

Vemos allí los libros abiertos, igual que en Apocalipsis 20. La visión final del trono, en Apocalipsis 20, dice que los cielos y la tierra huyen y no se encuentra lugar para ellos. Y aparecen todos los muertos de pie delante de Dios, los libros se abren y la humanidad es juzgada por las obras que están escritas en ellos. *«Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego»* (v. 15).

Pero es también el mismo trono del cual se habla en el libro de los Hechos y en Hebreos: el trono de la gracia donde entró el gran sumo sacerdote que vive intercediendo por nosotros. ¡Cuán precioso es todo esto!

Los hijos de Dios alentamos nuestros corazones, porque desde allí también vino el fuego del día de Pentecostés y el fuego del evangelio llenó el mundo y no ha cesado de arder en los creyentes.

El apóstol Pablo dice a Timoteo: *«Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti»* (2 Tim. 1:6). En todos los creyentes hay un fuego, el poder del Espíritu de Dios, que provino desde este trono en las alturas.

La visión del Hijo del Hombre

Siguiendo el relato panorámico del capítulo 7 de Daniel, se menciona a *«la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro»* (7:7). Claramente se habla de un gobernante mundial. La cuarta bestia alude a la bestia del Apocalipsis, la última bestia que verá la humanidad, con otro nombre.

«Miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego» (Daniel 7:11). Quien sea el que se levante, este será su fin; así que los creyentes nos llenamos de esperanza y atesoramos esta palabra, porque Aquel que gobierna la historia aplastará a sus enemigos.

«Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido» (Dan. 7:13-14). ¡Bendita visión!

A Daniel, el siervo muy amado, que servía al Señor con perseverancia, se le concede la visión del Hijo del Hombre viniendo con las nubes. ¿Y de dónde viene? Regresando de la tierra. Él había venido a este mundo, había nacido en un humilde pesebre en la aldea de Belén, y había pasado por la cruz, consumando su obra, venciendo a la muerte, y se había levantado en gloriosa resurrección.

«Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hech. 1:10-11). Y ellos no vieron más al Señor, porque aquella nube le ocultó.

Ahora, unimos Hechos capítulo 1 con Daniel capítulos 7 y 13. Una nube le ocultó, pero aquí Daniel, unos 600 años antes, ve en visión el retorno del Hijo del Hombre. Y recordamos el Salmo 24: *«Alza, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, él es el Rey de la gloria»* (vs. 9-10).

Daniel lo ve en la visión de la noche. Las nubes, como una carroza celestial, trasladan al Hijo del Hombre, retornando victorioso, con aquellas marcas: sus manos horadadas, sus sienes con las huellas de la corona de espinas, y su costado herido. Es el testimonio que leemos en Apocalipsis capítulo 5: *«Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado»* (v. 6).

El Hijo del Hombre regresa, y sus heridas son celebradas en los cielos. El precio de la eterna redención fue pagado. Allí, millones de millones sirven delante del trono y asisten al Juez que se sienta en el trono. Pero solo

a uno, al Hijo del Hombre, se le han dicho estas palabras: «*Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*» (Sal. 110:1).

Siéntate a mi diestra

A este siervo, Daniel, se le concede ver lo que David profetizó cientos de años antes, por el Espíritu Santo: «*Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*». Lo que Daniel vio fue el momento mismo en que el Padre le dice esto al Hijo. Esta verdad atraviesa la Biblia de principio a fin. Dice Hebreos 1:13: «*Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?*».

Jesús mismo, en Mateo 22:41-45 dice: «*Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más*».

Es maravilloso cómo, una palabra tras otra, van confirmando lo que ocurrió en Daniel 7:13. En Hechos 2:33-35, leemos: «*Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*».

Esta misma verdad, que leemos en los Salmos, en Daniel, en los Hechos, en las Epístolas y en el Apocalipsis, también la encontramos en Hebreos 8:1: «*Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos*». Y el mismo autor señala: «*Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios*» (Heb. 12:1).

Esta verdad ha atravesado toda la historia cristiana. Muchos de nosotros partimos con esta proclamación: «¡Jesucristo es el Señor!». Los cielos, la tierra y el mar, y todo lo que en ellos hay, le adorarán. Toda rodilla se

doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Esa verdad está tan vigente, cada día más firme en nuestros corazones. Esta es la visión del Hijo del Hombre que sostiene a la Iglesia. Nosotros no tenemos unas cuantas doctrinas que nos agradan, no seguimos a ciertos autores favoritos – hay una revelación que provino del trono mismo de Dios.

El Señor Jesús le dijo a Pedro: *«Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos»* (Mat. 16:17). El Padre, que está sentado en el trono de fuego tocó el corazón de Pedro, y también nuestros corazones. Y así surge la obra de Dios, la iglesia, y es evangelizado el mundo entero por este fuego encendido desde el cielo.

«Siéntate a mi diestra hasta que...». La expresión *«hasta que»*, indica un lapso de tiempo. Pasaron los primeros años con persecuciones y, tras dos mil años, sigue presente esta verdad. Y ahí estamos, esperando el pleno cumplimiento de todas estas cosas. La iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad, aquellos que tenemos a Cristo revelado y que vemos el trono de Dios, estamos firmes.

Falta de visión

Veamos un pasaje que no se podría omitir, en Mateo 26:63-65.

«Mas Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece? Y respondiendo ellos, dijeron: ¡Es reo de muerte!».

Podemos unir este pasaje de Mateo capítulo 26, con Daniel capítulo 7. El Señor guarda silencio ante sus acusadores. El sumo sacerdote, conocedor de las Escrituras, sabía que, si utilizaba esa fórmula, obtendría una respuesta directa, y echó mano a su autoridad y a su astucia, al declarar: *«Te conjuro por el Dios viviente»*.

El Señor Jesús es confrontado para responder invocando la máxima autoridad del universo. Ante tal presión era imposible que él permaneciera en silencio. *«Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo».*

Entonces, en ese momento dramático, Jesús hizo referencia a la visión del Hijo del Hombre, de Daniel capítulo 7. El sumo sacerdote, instruido en las Escrituras, supo de inmediato que Jesús, al citar Daniel 7:13-14 se estaba asociando con Dios mismo.

Un hombre delante de ellos estaba diciéndoles que él era el cumplimiento de la profecía de Daniel, el Hijo del Hombre que vendría en las nubes. Si todos aquellos judíos, si todas aquellas autoridades religiosas hubiesen tenido un poquito de luz, un mínimo de sensibilidad, ¿no era ese el momento propicio para que ellos, en vez de rasgar sus vestiduras, se hubiesen postrado delante de su Rey? ¿No era este el siervo sufriente anunciado en Isaías 53?

Sin embargo, aun así, ellos cumplieron la profecía de la Palabra. Tuvieron a su Mesías frente a ellos, oyeron su voz y no lo reconocieron. Y en vez de humillarse ante él, el sumo sacerdote lo acusó de blasfemia, porque se había asociado con Dios mismo. Pero desde el punto de vista de Dios ¿quién fue aquel que en verdad blasfemó? Fue Caifás y todos los demás, porque tuvieron a su Señor delante de ellos, y lo despreciaron.

El Hijo del Hombre regresará

Esto nos lleva a otra profecía, cuando Jesús llora sobre Jerusalén: *«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ... He aquí, vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que no me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor»* (Luc. 13:34-35). Esperamos el cumplimiento de esta profecía.

«Además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios» (Mat. 26:64). Después de esto, Jesús, llevado ante Pilato, fue humillado y azotado; y, en la cruz, al morir por nosotros, dijo: *«Consumado es»*. Mas al tercer día resucitó de entre los muertos.

Todo lo anunciado por el propio Señor se cumplió a la perfección. Y Daniel ve al Hijo del Hombre que viene de retorno en las nubes. Le hacen acercarse al Anciano de días, y es allí donde se cumplen las palabras: *«Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»*.

En estas palabras de Mateo 26:64 hay una segunda profecía del Señor acerca de sí mismo que aún no se ha cumplido. Porque, tras haber dicho: *«Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios»*, él Señor agrega: *«y viniendo en las nubes del cielo»*. Ya lo había dicho en Lucas 21:27. *«Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria»*.

Juan escribe: *«He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén»* (Apoc. 1:7). Esta profecía se cumplirá.

Una realidad corporativa

Vamos a Daniel 7:18. Una vez que el Señor asciende a los cielos como Cabeza recibe lo que dice primero el verso 7:14: *«Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido»*.

Ahora vemos a nuestro Señor como la Cabeza del cuerpo que es la iglesia, una revelación potente que nos ha sostenido por años. Él murió, y en él morimos. Él resucitó, y con él resucitamos. Nuestra Cabeza se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, y a nosotros *«nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús»* (Ef. 2:6). ¡Bendita Cabeza!

Nuestro Señor Jesucristo fue proclamado Rey de reyes y Señor de señores. Él, la Cabeza, recibió el reino eterno; pero lo que le pertenece a la Cabeza le pertenece también al cuerpo. Hermano, si tienes la revelación de que tú eres miembro del cuerpo de Cristo, gocémonos y alegrémonos, porque nuestra garantía es el Cristo glorificado, el Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios.

«Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (Dan. 7:18).

La Escritura declara lo que nosotros realmente somos. «...*porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra*» (Apoc. 5:9-10).

Aún no somos reyes; aunque, en un sentido, lo somos; pero viene el día en que esto se manifestará plenamente. Así está escrito.

Levantemos nuestra mirada

Hoy no es un día de debilidades. Hay muchas razones para tener temor ante lo que está aconteciendo en el mundo: cambios de gobiernos, surgimiento de ideologías y leyes anticristianas, en un proceso de desconstrucción donde el testimonio de Dios es motivo de burla; los mandamientos divinos son despreciados y hay un avivamiento del ocultismo y del ateísmo. Muchos niegan la santidad, la gloria y aún la existencia de su Creador.

Eso está ocurriendo hoy en el mundo, pero nosotros elevamos nuestra mirada, porque todo eso será pasajero. Si se levanta un gobierno mundial que marque a las personas, todo eso será pasajero; si hay un control de la humanidad y muchas plagas vengan sobre el mundo entero, todo eso será pasajero.

Lo único que permanece para siempre es el trono inmovible de nuestro bendito Dios y Padre. Lo que permanece para siempre es el Cristo ascendido, que viene en las nubes con poder y gran gloria. El reino eterno, tú y yo como reyes y sacerdotes, eso permanece para siempre.

En estos días, este es el mensaje del Espíritu Santo: Que no se enfríe el amor, que el fuego del amor del Señor derramado por el Espíritu Santo en nuestros corazones esté firme. Donde quiera que él nos haya puesto, somos hombres y mujeres, jóvenes, niños y ancianos que amamos al Señor.

No temamos lo que hayamos de padecer. El Espíritu dice: «*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*» (Apoc. 2:10). ¿Será que alguno de nosotros tendrá que pasar por esa experiencia? No lo sabemos. Pero si un día enfrentamos un horno recalentado, como ocurrió en los días de Daniel, aunque el Señor no nos salve —como dijeron aquellos siervos— aún así no nos inclinaremos ante lo que el mundo diga.

La visión que nos sostiene

La Babilonia de hoy irá tras un gran gobernante carismático, que fingirá ser la verdad, como ese sumo sacerdote que, con aparente autoridad divina, juzgó al Señor, y todos lo aprobaron. El mundo espera que esos líderes se levanten, y lo que esa autoridad religiosa o política diga, se cumplirá en el mundo entero, de manera inexorable.

Eso es lo que viene. No seamos ingenuos y cuando eso acontezca, esta palabra de hoy nos sostendrá a ti y a mí.

Y si, por alguna razón, el Señor tiene que ser glorificado con el sacrificio de algunos de nosotros, como fue con los apóstoles que fueron al martirio, diciendo: «*No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído*» (Hech. 4:20), este mundo verá una generación de creyentes, una iglesia gloriosa, que no le teme a nada ni a nadie, sino al Padre y al Hijo, y que es guiada por el Espíritu Santo.

Los que somos reyes y sacerdotes entendemos que hoy no es el día de reinar, sino el día de interceder. Daniel tenía sabiduría. Él podría haber gobernado allí y lo habría hecho mejor que los reyes de su tiempo. Eso no le fue permitido; pero sí él oraba, y su oración gobernó situaciones que acontecieron después.

Hermanos, unámonos en oración; levantémonos mirando las nubes del cielo y digamos: «Señor, ven pronto». Porque cuando él venga, nosotros seremos manifestados también con él en gloria.

Tenemos un precioso tesoro en estos vasos de barro, pero aliéntese tu corazón: cual sea la tribulación que venga, estemos preparados; no cesemos de confesar el nombre del Señor y de guardar su palabra.

Que tu corazón se encienda. Este es el día en que el trono de fuego envía suministro del Espíritu Santo, el mismo fuego del día de Pentecostés. Las lenguas de fuego sean repartidas nuevamente, y sea avivado el fuego del don de Dios que está en todos los santos.

No seas contado entre los tibios, porque ya sabes cuál es el fin de aquéllos, sino seamos contados entre aquellos que miramos al cielo, despreciando las dificultades.

Hermano no te dejes seducir por las ideologías de este mundo, porque perecerán. Esas leyes malvadas no durarán mucho. Pronto viene el reino del Señor: él quebrantará a las naciones y las gobernará con vara de hierro.

El tiempo está cerca

«Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos» (Apoc. 22:1-5). ¡Gloria al Señor!

Esta es la visión de Daniel, de nuevo. Aquí está el trono de Dios y el «hijo de hombre que vino hasta el Anciano de días», en Daniel 7:13-14.

En los días de Daniel, se le dijo a él, anticipadamente: *«Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin» (12:4)*. Pero a Juan se le dijo algo distinto: *«No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca» (Apoc. 22:10)*.

El reino de los cielos se ha acercado. El Señor nos asignó un reino y nos enseñó a orar: *«Venga tu reino»*. Y esta palabra nos confirma el corazón. Este es el destino de la iglesia: mientras el mundo se desmorona, hay una iglesia que se fortalece. Hemos bebido, y seguiremos bebiendo, aguas vivas de este torrente que fluye el trono de Dios, un río de agua limpia y un fuego que proviene del trono, que no es simple emoción, sino el poder del Señor metido hasta lo más profundo de nuestros corazones.

Síntesis del mensaje impartido en el Retiro virtual de iglesias en Chile (Enero 2021).

Solo podemos ser testigos de Cristo en el poder del Espíritu Santo.

Y me seréis testigos

Rubén Chacón

«...pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8).

Una mirada necesaria

El libro de los Hechos, el segundo tratado que escribió Lucas, es la perfecta continuación del evangelio que lleva su nombre. Llama la atención que ya llevemos más de 2.000 años de historia de la iglesia; sin embargo, el Espíritu Santo quiso registrar, solo los primeros treinta años. ¿Por qué razón? Porque en estos 28 capítulos vemos una iglesia normal, no una iglesia perfecta, porque mientras estemos en este cuerpo, antes del regreso del Señor, no veremos la perfección, pero sí la normalidad.

Este libro de los Hechos es un espejo donde las iglesias de todos los tiempos y lugares, podemos mirarnos, para comprender cuánto nos hemos apartado del patrón original. Hoy nos adentramos a mirar la iglesia en los Hechos, para mirarnos en este espejo y examinarnos a la luz de él.

Somos una iglesia en restauración; no pretendemos haberlo alcanzado todo. El llamado del Señor es a seguir adelante, y por lo tanto requerimos revisar nuestros orígenes, para descubrir que los elementos que permitieron que la iglesia comenzara con gloria, nos permitan terminar también con gloria. Eso ocurrirá en la medida en que podamos rescatar aquello que hemos perdido.

A nosotros nos toca enfrentar un mundo que cada vez se volverá más hostil a las cosas de Dios y por lo tanto a la fe de la iglesia. Y no podemos mantener la fidelidad al Señor y permanecer encerrados, sino levantar con denuesto el nombre de Jesucristo en medio de la oscuridad que reina en estos días.

No podemos hacerlo si no contamos con los mismos recursos con que la primera generación contó. Porque el Señor es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Por lo tanto, necesitamos volver a nuestras raíces, volver permanentemente a la palabra de Dios y especialmente a este libro para reconsiderar aquello que nos falta, aquello que esté mal y que requiere ser corregido.

Llamados a ser testigos

Veamos ahora el texto base de Hechos 1:8. «...pero recibireis **poder**, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, **y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra**». Los dos términos subrayados serán los dos aspectos a abordar, para edificación de todos.

«...y me seréis testigos». Noten ustedes en primer lugar que el Señor Jesucristo está resucitado en el momento en que pronuncia estas palabras a los discípulos. Esta es la última aparición de Jesús resucitado y luego de estas palabras ellos lo verán ascender a los cielos. En la expresión «y me seréis testigos», el Señor no dice simplemente que seremos testigos, sino está diciendo: «Ustedes me serán testigos». O sea, el desafío es a ser testigos de Cristo.

«Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra». Esto vendría a corresponder a la ciudad de Roma, la capital del imperio romano, y es donde termina Pablo dando testimonio de Cristo. Así que en este espejo en el cual nos miramos, una primera consideración es saber si nuestro testimonio es precisamente Cristo. Somos testigos para dar testimonio de Jesucristo.

Pablo escribe a los Gálatas: «Agradó al Padre revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles». La frase «le predicase», es muy importante porque tiene sentido con Hechos 1-8. El mensaje de la iglesia es la persona de Jesucristo. Él es la buena noticia.

Preparados para ser testigos

Ahora, cuando pensamos en ser testigos de Cristo, específicamente, ¿a qué se está refiriendo? ¿Cuál es el contenido de la expresión: *Me seréis testigos*? ¿Serán testigos de mí ante el mundo? ¿Serán testigos de mí ante la sociedad? ¿Cuál es el contenido de eso? Entonces quisiera ahora, en Hechos 1-3, observar que Lucas hace una precisión de un acontecimiento muy interesante.

Dice en Hechos 1-3, refiriéndose a los doce discípulos directos de Cristo durante su ministerio terrenal: «...a quienes también, después de haber padecido», aquí está claramente expresado que esto ocurrió durante su resurrección. «...se presentó vivo a los discípulos con muchas pruebas indubitables, apare-ciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios».

Noten, ustedes, entonces, que en el Señor Jesús hubo una preocupación primordial, de que, una vez que Él resucitó, no ascendió directamente a los cielos, sino que permaneció aun cuarenta días en la tierra, entre sus discípulos. Dice ahí, «*apareciéndoseles durante cuarenta días*». ¿Con qué propósito? Dice, para presentarse vivo con pruebas que no dejan lugar a dudas de que él estaba vivo y resucitado.

Así que, cuando pensamos en ser testigos de Cristo, el Señor tuvo una preocupación especial de que ellos pudieran presenciar su resurrección, que quedaran absolutamente convencidos; así como fueron convencidos de su muerte, que también fuesen convencidos absolutamente de su resurrección.

Desde el comienzo de su ministerio, el Señor estableció a doce para que, en primer lugar, estuviesen con Él. Es decir, que el Señor Jesús tuvo la intención desde el comienzo de rodearse de estos doce hombres, a fin de que ellos fuesen testigos de Cristo desde el comienzo de su ministerio.

Estos doce habían sido testigos de quién era Jesús, habían sido testigos de su obra y de su enseñanza. Presenciaron con sus propios ojos, fueron testigos de sus enseñanzas, de sus milagros, de su compasión, de su amor. Jesús estaba desde un comienzo constituyendo a sus discípulos en testigos de Él. Pero el Señor Jesús tuvo real preocupación de que ellos fueran convencidos absolutamente de su resurrección.

«*Con pruebas indubitables*», dice Lucas. Esas pruebas son estas que Lucas menciona en su Evangelio, cuando dice que, en una de las apariciones del Señor Jesús resucitado, se presentó a los discípulos que estaban a puertas cerradas, temerosos. Pero él traspasó los muros de ese aposento, se presentó vivo a ellos y les dijo: «*Paz a vosotros*». Y les aclaró que no estaban viendo un fantasma.

Entonces les dijo: «*Miren mis manos, y palpen*», señalando que sus manos y sus pies llevaban las marcas de los clavos de la cruz. Seguramente él quiso conservar esas marcas en su cuerpo de resurrección para que le pudiesen reconocer. Así que los desafía a que miren y que palpen esas heridas y comprueben que él no es un fantasma, sino que había resucitado con carne y con huesos.

«*Y como ellos de gozo no lo podían creer, entonces les dijo: ¿Tenéis algo de comer? Y él comió un pedazo de pescado con una parte de un panal de miel, y comió delante de ellos*».

El Evangelio de Juan agrega que a Tomás le dijo: «*Mete tu mano en mi costado*», pues él conservaba también la herida de la lanza. Y a Tomás entonces lo desafió a que comprobara que este mismo Jesús que había muerto, había sido levantado al tercer día.

Testigos de Cristo

Así que, hermanos, cuando Jesús está diciendo: «*Me seréis testigos*», se refiere, por supuesto, a todo lo que implica a Cristo: su persona, su obra y su enseñanza. A lo que él es, a lo que él hizo y a lo que él dijo. Pero especialmente, como vamos a ver a continuación, especialmente a ser testigos de su resurrección. Este es el gran mensaje. Este es el mensaje que la iglesia de hoy, del siglo XXI, al igual que la iglesia del siglo I, tiene que proclamar a viva voz. Nuestro Señor Jesucristo ha resucitado, y está vivo.

Nuestro Señor Jesucristo vive y reina. Él venció a la muerte y está vivo y presente entre nosotros. Si el Señor no hubiese resucitado, todo lo anterior de lo cual los discípulos fueron testigos, solo tendría un valor temporal y no un valor salvífico para nosotros. Es porque el Señor fue resucitado, porque él está vivo, que todo el testimonio acerca de Cristo tiene vigencia y constituye parte de la buena noticia.

Miren entonces el siguiente texto, en Hechos 2:32, en el día de Pentecostés, en el día en que vino el Espíritu Santo, en este glorioso y fundamental acontecimiento, se encuentra uno de estos doce discípulos, Simón Pedro, predicando. Y en el climax de su sermón, él declara esta gloriosa palabra: *«A este Jesús resucitó Dios»*.

Hasta el versículo 31, Pedro había dado testimonio de quién fue Jesús durante todo su ministerio terrenal, hasta terminar crucificado y muerto en la cruz. Pero el testimonio no termina ahí, dice: *«A este Jesús resucitó Dios»* y, fíjese ahora, *«de lo cual todos nosotros somos testigos»*.

Ahora podemos comprender por qué Jesús tuvo especial preocupación, durante esos cuarenta días, de aparecerse a sus discípulos una y otra vez, hasta convencerlos de manera absoluta, *«con pruebas indubitables»*, de que él estaba vivo y resucitado.

Porque, cuando ellos salieron a proclamar, dijeron: *«Nosotros somos testigos de que, a este Jesús que murió y que fue crucificado, Dios lo levantó de los muertos al tercer día. Somos testigos de que está vivo y de que está resucitado»*.

El testimonio

¿Qué es un testigo? Alguien que ha presenciado o ha oído algo de lo cual entonces puede dar fe, puede dar pruebas, puede dar evidencia. Puede decir: Yo lo oí, yo estaba allí, yo lo vi con mis ojos.

Los doce fueron testigos oculares de la resurrección de Cristo. Así que, ¿con qué autoridad pueden decir: *«A este Jesús Dios lo resucitó y nosotros somos testigos de que él está vivo y resucitado»*?

En Hechos 3:15, Pedro está predicando por segunda vez. Ahora lo hace, no a causa del estruendo que originó la venida del Espíritu Santo, sino a causa de la curación de un cojo de nacimiento, un milagro que hizo que la gente se agolpase en torno a los apóstoles.

Otra vez Pedro levanta la voz y proclama un segundo mensaje, nuevamente dando testimonio. Y les dice a los judíos: *«Y matasteis al autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos»*. Una vez más, su mensaje tiene por proclamación fundamental, la resurrección de Cristo.

En Hechos 10:40-42, por tercera vez, Pedro, uno de los doce testigos, está predicando el evangelio en la casa de Cornelio, el primer gentil que se convirtió a Cristo. Así como Pedro había abierto el reino a los judíos, ahora está abriendo el reino a los gentiles.

Y entonces, al final de su sermón, que fue interrumpido con el descenso del Espíritu Santo, Lucas escribe: *«Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre los que oían el discurso»* (v. 44). Y mire cómo dice Pedro en este discurso en casa de Cornelio: *«A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase»* (v. 40). Todo el testimonio acerca de Jesús tiene que terminar no en la cruz, sino en la resurrección.

Así que, en esos cuarenta días en que él estuvo apareciéndose a sus discípulos, fue por disposición del Padre que su Hijo resucitado se manifestase. Y luego nos aclara: *«No a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros»* (v. 41). Jesús, desde un comienzo de su ministerio, quiso rodearse de estos hombres, porque éstos serían sus testigos a todo el pueblo, también de su resurrección.

Y dice Pedro: *«A nosotros»*. Yo estoy entre esos testigos, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos.

Qué importante era que Jesús hubiese comido y hubiese bebido con ellos una vez que estuvo resucitado. «Nosotros somos testigos: él comió y bebió con nosotros, nosotros palpamos las señales de sus manos y de sus pies, y vimos su costado traspasado».

«Y nos mandó que predicásemos al pueblo y testificásemos» (v. 42). Eso hace un testigo: un testigo da cuenta de lo que vio y oyó, en este caso de Cristo, pero con especial énfasis en la resurrección.

La base de nuestro testimonio

Hermanos, ¿qué tan convencidos estamos de que Cristo resucitó? ¿Tenemos la misma convicción de ellos? ¿Es que nos consta que Cristo está resucitado, solo por el testimonio de los testigos oculares? ¿Es que solo habremos de basarnos en lo que ellos vieron? Aquí entendemos la importancia que el Señor se haya provisto de testigos oculares, no solo de su vida y de su pasión, sino también de su resurrección.

La pregunta para nosotros que estamos en el siglo XXI, es: ¿Acaso nuestra convicción de que Cristo vive y que está resucitado será solo el testimonio de los que fueron testigos oculares? ¿Ese será el único fundamento de nuestra fe en la resurrección de Cristo? Hasta aquí lo que hemos visto es que hay gente como los Doce que puede declarar: «Somos testigos oculares de su resurrección. Él nos mandó que predicásemos al pueblo y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos».

Y en Hechos 13, ahora el apóstol Pablo, que no es uno de los doce, se encuentra predicando en la sinagoga de Antioquía de Pisidia. Y mire cómo Pablo al igual que Pedro, termina diciendo, hablando de Jesucristo: «*Mas Dios le levantó de los muertos. Y él se apareció durante muchos días a los que habían subido juntamente con él de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo. Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres*» (30-32).

Pablo se ubica exactamente en la misma línea de las predicaciones de Pedro, y esto es lo interesante, dice: «*Y nosotros también*». Entonces ahora se agrega Pablo a la lista, aunque no fue testigo ocular en el sentido como lo fueron los doce: «*Y nosotros también os anunciamos*». Del mismo modo nosotros, hoy, que no fuimos testigos oculares de su resurrección, pero al igual que Pablo anunciamos el evangelio.

Pero mantengo la pregunta, ¿será que nuestro testimonio de la resurrección de Cristo sólo se basa en el testimonio de los que fueron testigos oculares de su resurrección? Si fuese así, cuán importante es que el Señor se haya provisto, y hasta Pablo lo reconoce: hay testigos oculares de la resurrección de Cristo. Entonces es claro que el mensaje que la iglesia debe proclamar es el Señor Jesucristo. Y que, de él, en particular, tenemos que hacer énfasis en su resurrección. La iglesia proclama un Cristo vivo y resucitado.

Ahora vamos a Hechos 1:8, para enfatizar el otro aspecto que anunciamos: resaltar ahora la palabra poder. «*Pero **recibiréis poder***». La frase comienza con un «*pero*». Y esto se debe a que los versículos que anteceden al versículo 8, relatan que, en esa última aparición, antes de ascender a los cielos, los discípulos hicieron una pregunta al Señor Jesús: «*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*». ¿Restaurarás la po-

testad que tú habías designado para Israel, de colocarlo como cabeza de las naciones? Ellos estaban preguntando por poder político, que Israel fuese puesto como una potencia mundial.

Y el Señor les respondió: *«No os toca a vosotros saber, ni los tiempos, ni las oportunidades. Esas cosas las ha puesto el Padre en su sola potestad. Pero recibiréis poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo»*. No es poder político, sino poder espiritual, el poder del Espíritu Santo. Y ese poder será para que sean sus testigos, para que den testimonio de él al mundo, no para otra cosa.

Miren qué orientador es esto. Para que la iglesia no se desenfoque, para que la iglesia no se desvíe, no sea distraída, ni engañada, ni comience a ocuparse de cosas que no le corresponden, hay cosas que están en la potestad del Padre y deben descansar allí, pero ustedes recibirán poder para ser testigos. El Señor sabía que no sería suficiente con que ellos fueran testigos, aunque fueron testigos oculares de su resurrección. Necesitaban estar revestidos del poder del Espíritu Santo.

Hermanos, si eso fue necesario para ellos, que eran testigos oculares de la resurrección de Cristo, ¿cuánto más lo será para nosotros? Iglesia de Jesucristo, que estamos mirando en este precioso espejo, que tenemos la misión hoy día, de salir a proclamar que Cristo vive, que Cristo está resucitado, tenemos que hacerlo, necesariamente en el poder del Espíritu Santo. Es una condición sin la cual no tendríamos éxito.

Recibiréis poder

Debemos proclamar que Cristo vive, que Cristo venció la muerte, que Cristo está resucitado. ¿Qué pasa si no lo hacemos en el poder del Espíritu Santo? ¿Qué pasa si solo lo hacemos en nuestras fuerzas? Miremos ahora Hechos 1:4-5. *«Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oís-teis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros se-réis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días»*.

Era tan importante que estuviesen revestidos de poder para ser testigos de su resurrección, que Él les dijo: *«No se muevan de Jerusalén, no comiencen nada, no inicien ninguna obra, no realicen ninguna acción hasta que reciban el poder del Espíritu Santo»*.

¡Qué desafío para nosotros hoy! Nosotros no solo tenemos que tener claridad del mensaje que anunciar, del énfasis que hay que hacer, sino también, al igual que la primera generación, necesitamos hacerlo en el poder del Espíritu Santo.

«Mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días». El Espíritu Santo vino en el día de Pentecostés, en el día 50.

Ellos tuvieron que esperar diez días, en oración y ruego, estando unánimes, juntos. Y Pedro no se levantó a ser testigo de la resurrección de Cristo, sino hasta que fue lleno del Espíritu Santo. ¡Gloria al Señor!

Volvamos a Hechos 2, versículos 32 y 33. Ya leímos el 32, ¿no es cierto? Antes, cuando Pedro testifica en el día de Pentecostés, dice: *«A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos **testigos**»*. Pedro era testigo ocular de la resurrección. Y el versículo 33: *«Así que, exaltado por la diestra de Dios»*. Si Cristo está resucitado, ¿dónde está? Leo ahora esta parte, porque esto tiene ahora relación con el Espíritu Santo, por eso lo omití antes. No sólo está resucitado, sino *«exaltado por la diestra de Dios»*.

Cristo no sólo resucitó, sino que ascendió a los cielos, fue exaltado por el Padre y está sentado a la diestra de Dios. Está entronizado, está en su trono de gloria y de poder, en su lugar de autoridad, desde donde ejerce el poder y gobierna. El Padre que lo resucitó, lo exaltó, lo sentó en su trono de gloria, dándole todo poder en los cielos y en la tierra. *«Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís»* (v. 33).

Qué hermoso que el descenso del Espíritu Santo fue algo que también se podía ver y que se podía oír. Que, por lo tanto, todos los que presenciaron eso se convirtieron en testigos de la venida del Espíritu Santo. Estoy citando esta Escritura, porque el Espíritu Santo, entonces, se convierte en la evidencia.

Su derramamiento, su descenso, su venida, se convierte en la evidencia de que Cristo está resucitado. Y no solo resucitado, sino también exaltado. Porque si el Señor Jesucristo no hubiese sido exaltado a la derecha del Padre, el Espíritu Santo no habría venido, no habría sido derramado.

Y aquí contestamos la pregunta que quedó planteada. ¿Acaso nuestro testimonio de la resurrección de Cristo sólo se basa en el testimonio de

los testigos oculares? No. Hay alguien más, que está presente entre nosotros, que descendió de los cielos, que fue enviado: el bendito Espíritu Santo. Su propia venida, en sí misma, se convierte en evidencia de que Cristo está resucitado y exaltado a la derecha de Dios. Pero como el Espíritu Santo vino y fue derramado sobre la iglesia, entonces se constituye en evidencia infalible, en la evidencia más concreta, la de mayor peso, de que Cristo está resucitado y exaltado.

Poder para ser testigos

En Hechos 4:33 está el perfecto cumplimiento de Hechos 1:8. *«Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús»*. Pero no bastaba ser testigo ocular, sino que había que recibir poder. Dice: *«Y con gran poder»*, ellos daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús.

El texto de Hechos 5:30-32 nos parece tremendo. Pedro, que ha sido arrestado, está compareciendo ante el tribunal judío, el Sanedrín, la máxima autoridad judicial. El Sanedrín reconocía que ellos habían estado con Jesús.

Y en el versículo 30, Pedro declara: *«El Dios de nuestros padres»*, hablando a la autoridad judía, *«levantó a Jesús, a quien ustedes mataron colgándole en un madero»*. A este, que ustedes mataron colgándolo en un madero, pero que Dios lo resucitó, *«a este Dios ha exaltado con su diestra por príncipe y Salvador»*, no solo juez, sino Salvador, *«para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados»*.

Versículo 32: *«Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen»*. No solo somos testigos nosotros de que Cristo está vivo y resucitado, y de que él está exaltado, sino también el Espíritu Santo es testigo de la resurrección de Cristo.

Entonces, contesto la pregunta planteada con anterioridad: nuestro testimonio de que Jesucristo está vivo y resucitado no se basa solamente en el testimonio de los testigos oculares, de los apóstoles, sino, principalmente, en el testimonio del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es testigo ocular de que Cristo resucitó. Y es el testimonio del Espíritu Santo lo que nos ha convencido también a nosotros de que Cristo vive y reina. ¡Aleluya!

Hermano, ¿tienes el testimonio del Espíritu Santo de que, a Jesús, que fue crucificado, el Padre lo levantó al tercer día y que fue exaltado a la diestra de Dios? El Espíritu Santo, enviado porque Cristo fue exaltado, da testimonio en tu interior, de que Cristo vive. Entonces nuestro testimonio se vuelve poderoso.

Así que necesitamos el poder del Espíritu Santo para ser testigos, no solo para que nuestro testimonio lleve la unción y el poder del Espíritu, sino porque él es testigo de la resurrección de Cristo. Cada vez que el Espíritu es derramado sobre la audiencia, es un testimonio vivo de que Cristo está resucitado y exaltado.

Nosotros damos testimonio y el Espíritu Santo dará simultáneamente testimonio junto con nosotros. Y esa es la única posibilidad de que nuestro mensaje sea efectivo.

Nuestro solo testimonio no sería suficiente. Necesitamos que el Espíritu Santo simultáneamente esté dando testimonio de la resurrección de Cristo, porque Él es el único que puede convencer y convertir al mundo.

En este espejo, espero que hayamos podido reorientar de una manera más precisa nuestro mensaje y podamos tomar conciencia de que no podemos levantarnos en medio de la oscuridad que reina en estos días sin hacerlo en el poder del Espíritu Santo. ¿Tenemos conciencia de ello? Nosotros somos testigos, pero también lo es el Espíritu Santo.

Amada iglesia de Cristo, levántemonos en el poder del Espíritu Santo. Tomemos conciencia, estemos siempre plenamente conscientes que no podemos hacerlo en nuestras propias fuerzas; que, si el Espíritu Santo no va acompañándonos, fracasaremos. Sin embargo, en el poder del Espíritu Santo, somos más que vencedores.

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Campamento virtual de iglesias en Chile, en enero de 2022.

Edificar nuestra familia con sabiduría de Dios, nos salva de la ruina espiritual.

Construyendo con sabiduría

César Albino

«Todo hombre prudente procede con sabiduría; mas el necio manifestará necedad ... La mujer sabia edifica su casa; Mas la necia con sus manos la derriba ... Sin bueyes el granero está vacío; mas por la fuerza del buey hay abundancia de pan» (Prov. 13:16; 14:1, 4).

Hoy hablaremos acerca de sabiduría versus necedad. En Proverbios 14:1, *«La mujer sabia edifica su casa»*, edificar significa construir. La mujer sabia construye su hogar. Pero no solo vamos a hablar de la mujer, sino de los padres edificando su casa, construyendo valores morales, principios divinos, hábitos, buenas costumbres, como nos enseñan las Escrituras.

Ahora, ¿desde qué edad empezaremos a edificar la casa? A veces pensamos que edificar y construir valores en nuestros hijos, debiera ser cuando ellos ya tengan noción de las cosas, es decir, cuando sean más grandes.

Pero, sin duda, hay que comenzar mucho más atrás. Incluso, cuando los hijos aún están en el vientre materno, los padres tienen una responsabilidad muy grande. Esta idea se confirma con lo descrito en Lucas 1:41, donde se relata que, cuando Elisabet es visitada por María, tenía seis meses de gestación. *«Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre».*

El padre tiene un papel protagónico en procurar el bienestar de su esposa, creando un ambiente de paz, para que ella no sufra tristezas ni preocupaciones. Ya hay una responsabilidad antes de que los niños nazcan.

Vaya este consejo principalmente a los esposos: Canten cánticos al bebé en el vientre de la esposa. Hablémosle, oremos y profeticemos sobre él. La construcción comienza desde antes que nazcan.

Como el buey

«Sin bueyes el granero está vacío; mas por la fuerza del buey hay abundancia de pan» (14:4). La cita hace mención al buey. Nos admira la sabiduría del Señor, al usar estos ejemplos del campo. En el evangelio de Mateo 11:28-30, Jesús dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo...». Aquí, el buey es una figura de Cristo.

«Sin bueyes, el granero está vacío». Para los israelitas, tener bueyes significaba estabilidad económica, habría pan, las familias estarían saludables y emocionalmente bien. Pero, si no hay bueyes, no hay esperanza. La figura del buey representa a Cristo, su mansedumbre y humildad.

Si el buey representa la humildad, la perseverancia y el trabajo persistente de un siervo, entonces, tener un esposo con estas características significa que hay un proveedor en el hogar. Se requiere de tal capacidad para proveer a su casa, pero no solo proveer lo material, sino que también traerá paz y bienestar, sustento emocional y espiritual.

El buey está asociado a la mansedumbre, a la humildad, a la experiencia, a la obediencia, al trabajo incesante. El buey tiene la capacidad de mirar el surco y no desviarse. No tiene problemas para ser enyugado y llevar la carga. Si hay que trabajar todo el día, no reclama. Él hace su trabajo y aunque está cansado, sigue adelante. Y aunque a veces sea necesario el aguijón, aprende a aceptarlo.

Es necesario ese tipo de padres para construir valores espirituales, para sembrar un testimonio práctico en el corazón de los hijos. Pidamos al Señor que nos conceda aquello tan maravilloso que escasea en nosotros: la mansedumbre y la gracia de Cristo fluyendo. Y cuando se habla del pan, recordamos el evangelio de Juan 6:41. Jesús dice: «Yo soy el pan que descendió del cielo». El pan suple necesidades; su abundancia señala que hay abundancia de Cristo. Cuando hay esposos o padres con estos rasgos, entonces habrá abundancia de Cristo para ministrar a toda la familia.

Bueyes o novillos

Pero veamos un contraste. Cuando se asocia esto a un buey joven, a un novillo, éste, por su inexperiencia, al ver el yugo, empieza a saltar y se resiste a trabajar. El profeta Jeremías, en el capítulo 31, habla de Efraín como un novillo indómito que se niega a trabajar y debe ser castigado por su rebelión.

El Señor nos exhorta a tener una batalla constante. No debemos detenernos ni descuidarnos. Tiene que ver mucho con este trabajo del buey, que quiere hacer las cosas bien, sin reclamar. No así el novillo, que, incluso antes que el aguijón venga, está resistiendo.

Es necesario considerar estas ilustraciones para entender qué actitudes tenemos en nuestra casa. ¿Qué estamos proyectando en la vida de nuestros hijos? ¿Son las características del buey, donde hay abundancia, fuerza, energía, madurez? ¿O simplemente manifestamos nuestra inmadurez, reclamamos por todo, y culpamos a la esposa, a los hijos o a los hermanos? Y cuando nos quieren disciplinar resistimos, creyendo que estamos bien.

Presidir nuestra casa

En Romanos 12:8, en el contexto de los dones de gracia dados a los santos para servir en la iglesia, hay una aplicación para nosotros como padres, que dice: «**El que preside, con solicitud**». El que preside en la casa, tiene la responsabilidad de gobernar. Si no preside bien, su familia sufrirá las consecuencias. Los valores y principios morales y espirituales decaerán. De tal manera que nos conviene presidir con solicitud – hacerlo bien. Presidir también es conducir a alguien hasta llegar al final. Aquellos que presiden deben tener solicitud. La palabra solicitud significa hacer las cosas con esmero, prontitud o amabilidad.

¿Qué está pasando con los hijos? Saber cuándo están tristes, y por qué, debe ser parte de nuestra responsabilidad. Muchos padres no se dan cuenta cuando sus hijos han caído en una depresión porque les falta presidir, mirar con cuidado, con atención, y tomar el peso de su responsabilidad.

El que preside en la casa es responsable delante del Señor. Presidir es llevar adelante hasta terminar la carrera, y llegar bien. No dejar a mitad de carrera a aquellos que estoy conduciendo.

¿Hasta cuándo cuidaremos de nuestros hijos? ¿Quizás cuando se casen, ya no seré más responsable por ellos? Pero ellos se casan, se van, y seguimos preocupados por sus vidas. Ahora, si nosotros no construimos bien antes de que lleguen al matrimonio, ¿con qué temor de Dios se van a casar? ¿Con qué enseñanza práctica, costumbres y hábitos se irán de casa? Si los dejamos casarse sin haberles dado edificación, su matrimonio puede ser un caos, y a los pocos meses querrán separarse. ¡Qué gran responsabilidad tenemos!

El Señor nos convoca para decirnos: «Eres responsable, ten cuidado», porque finalmente vendrá el tribunal de Cristo, y nos dirá: «¿Qué hiciste con tus nietos y con tus hijos? ¿Qué valores les diste? ¿Qué testimonio dejaste? ¿Cómo proyectaste la vida de Cristo sobre ellos? Oh, Señor, quiero conmoverles un poco y también a mi propio corazón, con esta verdad bíblica.

«Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo». Al esposo responsable de la esposa: ¿Qué hiciste con la esposa, la ayuda idónea que te di? ¿La cuidaste, la amaste, la protegiste? ¿Le fuiste fiel? ¿O quebrantaste el pacto? ¿Te fuiste con los apetitos de tu alma? ¡Señor, ayúdanos!

Somos responsables de llevar la delantera en nuestro hogar, conducir, poner los principios, direccionar los caminos de nuestros hijos, trazándoles el rumbo correcto, con objetivos, y sobre todo con el propósito de Dios con la familia. Seguir batallando y orando por nuestros hijos, incluso por aquellos que ya se fueron de la casa.

La necesidad de la carne

Vamos a 1 Samuel capítulo 25. Hay aquí un episodio fascinante, que cautiva el corazón. Se dice en el primer versículo que, al morir Samuel, se juntó todo Israel y lo lloraron, y lo sepultaron en Ramá.

Y se levantó David y se fue al desierto de Parán. Allí había un hombre llamado Nabal, del linaje de Caleb, que era muy rico y tenía tres mil ovejas y mil cabras. Su esposa, Abigail, era mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia, pero el hombre era duro y sus obras eran perversas.

El nombre *Abigail* significa «la que agrada al padre». Este significado lo asociamos de inmediato a Cristo, al recordar las veces en que el cielo se abrió para declarar: «*Este es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento*». Para llegar a ser digna de su nombre, Abigail tuvo que vivir un proceso doloroso.

Ella estaba casada con un hombre insensato. El nombre *Nabal* significa *necio*. Por eso citamos Proverbios 13:16 y 14:1, hablando de sabiduría y necedad. Abigail estuvo conviviendo mucho tiempo con un hombre que, desde sus entrañas, era necio. Imaginen una esposa lidiando todos los días con la necedad de su marido. ¡Qué difícil es vivir cuando no hay un esposo sabio para tomar decisiones!

Sin embargo, en Abigail no había reclamos ni críticas. Aquel proceso fue largo. No se dice cuántos años estuvo casada, pero ella no dijo: «Me separaré de este necio». Abigail tuvo que ir aprendiendo muchas cosas, hasta llegar a convertirse un día en la esposa de David, quien es una figura de Cristo.

Antes de aquello, David estaba en el desierto, cerca de la hacienda de Nabal. Y allí David y sus hombres cuidaban del ganado de Nabal. David pasaba un mal momento económico. Entre tanto, Nabal estaba de fiesta, estaba esquilando muchas ovejas, y tenía un gran banquete. Entonces David mandó a algunos de sus siervos a saludarlo, a bendecirle a él y a su casa, y a pedirle un poco de pan.

Nabal respondió de manera despectiva: «*¿Quién es David, y quién es el hijo de Isai? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores*» (1 Sam. 25:10). Y no le dio nada.

Volvieron los siervos a traer el recado a David. Entonces éste dijo: «*De todo lo que fuere suyo no he de dejar con vida ni un varón*» (v. 22). Una actitud necia puede traer la muerte a su casa. Por eso es tan importante actuar con sabiduría, con la gracia de Cristo.

La sabiduría que salva la casa

Entonces Abigail es notificada de esa noticia: que ya venían a traer muerte a la casa. Y el versículo 18 dice: «*Entonces Abigail tomó luego doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien racimos de uvas pasas, y doscientos panes de higos*

secos, y lo cargó todo en asnos. Y dijo a sus criados: Id delante de mí, y yo os seguiré luego; y nada declaró a su marido Nabal» (vs. 18-19). Y lo llevó como un presente para aplacar la ira de David.

Vemos aquí a una mujer que toma una determinación independiente de su esposo, en un acto de sabiduría y generosidad. Seguramente Nabal temía que sus finanzas se debilitasen. Pero aquí tenemos un corazón sabio y generoso. La sabiduría de Abigail era práctica.

¿Cómo está nuestra generosidad? Aprendamos esto, porque si no somos generosos, eso mismo vamos a proyectar a nuestros hijos. Y ellos, cuando se casen, van a tener problemas de economía, porque no querrán compartir su dinero. Hay matrimonios cristianos que se han separado por esta razón.

«Y cuando Abigail vio a David, se bajó prontamente del asno, y postrándose sobre su rostro delante de David, se inclinó a tierra; y se echó a sus pies, y dijo: Señor mío, sobre mí sea el pecado» (vs. 23-24). Otra virtud que resalta aquí es la humildad de esta mujer. Después del proceso que vivió, se va acercando a lo perfecto. Ella tomó la determinación de ser generosa y humillarse. Actuó con sabiduría y salvó su casa de una condena a muerte.

Vemos cómo se postra a los pies de David (tipo de Cristo), reconociendo autoridad. Y aún más, en un momento, ella exclama: *«Señor mío»*, aludiendo a esta figura de Cristo representada en David.

Pero eso no fue lo más relevante. Abigail, para agradar a su señor y complacerle, más adelante, tenía que vivir experiencia tras experiencia, y finalmente denunciar y rechazar a Nabal como aquel espíritu de la carne.

Identificándonos con el pecado

«Señor mío, sobre mí sea el pecado». Nos preguntamos de qué pecado está hablando ella. ¿Acaso ella había cerrado su corazón para no bendecir? Era su esposo, pero aquí hablamos de la unidad espiritual. En realidad, Nabal y Abigail eran una sola persona. Entonces el pecado, la necesidad de Nabal, también estaba en ella. Nadie está libre de este espíritu carnal, llamado Nabal, que es inclinado a la maldad y a las perversiones más terribles.

«*Sobre mí sea el pecado*». ¡Qué humildad! Ella dice: «Él está unido a mí. ¿Cómo me zafo de él? No hay alternativa; Nabal tiene que morir. ¿Será que todos nosotros estamos conscientes de esto?

Recordemos el capítulo 6 de Isaías. Hasta ese día, el profeta no estaba tan consciente de quién era él. En sus predicaciones anteriores, ¡ay!, ¡cómo predicaba al pueblo! Pero, tras su visión, dice: «*¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos*» (Is. 6:5). Algo maravilloso pasó allí. «*Mis ojos han visto al Rey*».

Poco nos damos cuenta, pero tenemos que entender que debemos ser ese olor grato. Algunos lo captan antes que otros. Saúl, por ejemplo, quiso rescatar lo mejor de Amalec, una representación de la carne. A veces pensamos que lo bueno de nosotros puede servirle a la obra. No, de ninguna manera. Tenemos que volverlo a decir mil veces. Gracias al Señor por Abigail que nos enseña que la carnalidad debe ser denunciada y debemos darle muerte, pues en la carne nadie puede agradar al Señor.

Encontrando el favor del Señor

Otro punto con respecto a Nabal. Él estaba embriagado y no estaba lúcido como para que ella le aconsejara. Así que, en su sabiduría, ella guardó silencio, esperó en el Señor.

Las Escrituras nos hablan de la embriaguez con vino, «*en lo cual hay disolución*» (Ef. 5:18). El vino es asociado con apetitos carnales. Nuestro Nabal puede embriagarse de muchas cosas.

Aceptemos que la necesidad está pegada a nosotros. Si Nabal no muere, tenemos una mala noticia: seguiremos llevando muerte a nuestros propios hogares. Es imperiosa, entonces, nuestra necesidad de Cristo.

¿Qué hizo Abigail para que finalmente Dios hiriera de muerte a Nabal? Se juzgó a sí misma por el pecado de su esposo en ella, y asumió la culpa, una actitud de Cristo. Cristo, al morir en la cruz, tomó y cargó todos nuestros pecados. Ella vino al Señor, juzgó su pecado, lo denunció y se arrepintió. Es lo que tenemos que hacer para encontrar el favor del Señor.

¿Cuál fue el peor pecado de Nabal, como esposo? Él rechazó a David y y no reconoció sus favores. «*Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios*» (Sal. 103:2). Amado hermano, no pienses nunca

que lo que tienes es por tu trabajo. Él nos lo ha dado todo, no hay nada que tengamos que no hayamos recibido. Agradece aun porque puedes respirar y ver. Seamos agradecidos en todo.

Solo la gracia de Cristo

El mayor pecado podría ser que rechacemos al Rey y no lo adoremos, porque Jesús es digno de toda adoración. Tenemos que humillarnos en presencia del Amado, besando y abrazando sus pies cada día.

¿Queremos conscientemente que Nabal muera en nosotros? No existe ninguna otra manera para quitar la necedad y no seguir trayendo muerte a la casa. Si no muere Nabal, jamás será formado Cristo en nosotros. Si tenemos un vivo deseo de ser conformados a la imagen del Señor, nuestra carne, necesariamente, tiene que morir.

Pablo lo dijo de otra manera. «¡Miserable de mí!» (Rom. 7:25). ¿Será que todos estamos conscientes de esta miseria? Miseria significa pobreza. Un hombre miserable es el que no tiene nada. «¡Miserable de mí!». ¿Qué quiso decir Pablo? No tengo ningún recurso para ser fiel. Soy pobre en espíritu. No puedo hacer nada, no tengo nada, no soy nadie y no sé nada.

¡Soy un miserable! Sólo por tu vida, solo por tu gracia, Cristo, es que yo puedo ser un esposo o una esposa conforme al corazón, un hijo conforme a tu corazón, Señor. Solo con tu gracia, solo con tu Espíritu. ¡Señor, ayúdanos, socórrenos en gran manera! Que tengamos un antes y un después de este día; que ganemos un conocimiento maravilloso, pero no para dejarlo en la biblioteca teológica de nuestra mente, sino para vivirlo en nuestros hogares, con nuestras familias.

Esa ha sido la mayor necedad, el mayor fracaso del cristianismo – saber mucho y hacer poco o nada. Somos expertos en disertar acerca del propósito eterno de Dios; pero en nuestra casa, en nuestro trabajo, con nuestra vecindad, ¿qué testimonio hay? ¿Qué hablan los vecinos de usted o de mí? ¿Qué habla su nieto de usted? ¿Qué habla la esposa? ¿Qué habla el esposo? ¡Señor, socórrenos!

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro nacional de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2023.

La visión de la gloria de Dios es la que nos sostiene en todo tiempo.

La visión de gloria

Marcelo Díaz

«...el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos ... que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col. 1:24-29).

El capítulo 1 de Colosenses es uno de los pasajes más preciosos de las Escrituras. Y el pasaje que hemos citado es como una conclusión. En sus epístolas, el apóstol Pablo tiene tendencia a hacer recapitulaciones y oraciones. Y parece que este pasaje contempla muchas cosas que él ya ha dicho, y lo dice de una manera tan profunda, que es necesario leerlas muchas veces.

Una visión gloriosa

Podríamos entender fácilmente cuando, en Efesios, el apóstol nos dice que estamos en Cristo. Claro, el Señor nos recibe a todos, nos cobija, todo lo tenemos en él. Él es nuestra salvación, nuestra santificación, nuestra vida. Estamos escondidos en él. Pero el apóstol aquí da vuelta la figura.

El contenido ahora es Cristo y el continente somos nosotros. Podemos entender que el mar nos contenga a nosotros; pero ¿podríamos contener el mar en nosotros?

Pensando un poco esto, recuerdo a san Agustín. San Agustín estaba en una playa pensando, y ve una niñita que tomaba el agua del mar y la llevaba para llenar un hoyito que había hecho en la arena. Iba una y otra vez y echaba el agua del mar en la arena. Pero es imposible.

Así que piensen en eso: «*Cristo en vosotros*». Lo leemos rápido, pero esto es muy glorioso. Dios llenó el cielo de su plenitud, y ha querido revelarnos este misterio, el secreto de Dios, que estuvo guardado toda la eternidad.

Dios nos lo ha revelado, y nos ha hecho siervos suyos para decirlo. «*Es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*». Por eso Pablo ora «*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*» (Ef. 1:17).

En 2 Corintios 12:2, Pablo escribe: «*Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar*».

Y luego, en 1 Corintios 2:9, dice: «*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*».

Visión que transforma

Revisemos el llamamiento de Pablo, su conversión, en Hechos capítulo 26. Él se encuentra con el Señor. «*Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues*» (vs. 14-15). Pablo perseguía a la iglesia.

«*Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz*» (vs. 16-18).

La misión de Pablo es traspasarnos la visión de Dios. El Señor se presentó delante de Pablo, varias veces, y le mostró cosas maravillosas. Entonces Pablo nos traspasa esto en sus epístolas.

Una visión quiere mostrarnos algo, porque la Palabra graba algo en nuestro interior. «*Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese*

la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones» (2 Cor. 4:6). Así Dios, al principio, en el Génesis, de la nada, de las tinieblas, sacó la luz, y *«resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»*.

Pablo quiere mostrarnos una visión. ¿Por qué? Porque un hombre a quien se le proyecta la visión del trono de Dios, es transformado. La visión nos transforma, nos capacita, nos inspira, nos saca fuerzas de donde no las hay. La visión nos conmueve, nos moviliza.

Entonces el apóstol afirma que Dios le dio un don, le dio gracia para hablar estas cosas inefables; por eso, él no se cansa de ir y de predicar. Vemos la vida de Pablo: trabajando, corriendo, avanzando y hablando en todo momento de Jesucristo. Él vio algo maravilloso que nos quiere pasar, y algo de eso está escrito en esta pequeña frase: *«Cristo en vosotros»*. Esta es la visión celestial, la visión de gloria.

El brazo de la fe

La Escritura dice: *«Sin profecía»*, (sin visión), «el pueblo se desenfrena» (Prov. 29:18), o se desordena. Si no tienes una visión, serás presa de tu egoísmo, de tu avaricia, de tus afectos, de tus pensamientos, serás cautivo de ti mismo. Solo la visión nos liberta, nos capacita y nos da gracia para obedecer la Palabra.

Pablo ora para que esto ocurra, *«para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones»* (Ef. 3:17). Y, al decir: *«por la fe»*, está diciendo que la fe que Dios nos ha despertado por la Palabra, la fe verdadera, es el brazo por el cual podemos tocar la visión, extendernos y tocar lo celestial, porque la Palabra produce fe. La fe es ver, es extendernos más allá de lo que vemos físicamente, para tocar la visión celestial.

Por eso, cuando el apóstol testifica, dice: *«No fui rebelde a la visión celestial»* (Hech. 26:19). Esto puede decirlo alguien que tiene el testimonio. Qué terrible será la vida de aquel que no tiene una visión de Cristo en su corazón; el pecado lo vencerá, y él mismo será presa de aquello que no quiere hacer.

Por eso es importante la Palabra, porque ella abre nuestros ojos y provoca esta realidad maravillosa. Esta es la gloria del cristianismo. Cuando recibimos la palabra de Dios, ella graba en nuestro corazón el rostro de

Jesucristo, al cual también somos transformados de gloria en gloria por el Espíritu de Dios.

Una persona que no tiene visión llevará una vida desordenada. Sin visión, el pueblo se desenfrena. La palabra *desenfreno* es la misma que usa el Antiguo Testamento cuando Moisés bajó y encontró a todo el pueblo danzando alrededor de un becerro de oro – desenfrenados, sin visión de Dios.

Primera ilustración

«Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos» (1 Cor. 10:11).

El Antiguo Testamento está escrito, según Pablo, para darnos ejemplos de las cosas que sucedieron, para que nosotros no incurramos en estos errores.

En el libro primero de Samuel, hay dos situaciones que ilustran esto de la visión. La primera es el llamamiento de Samuel.

Se dice que Samuel tenía unos doce años cuando Dios lo llamó. Él estaba sirviendo en el tabernáculo. Este pasaje es como una advertencia en nuestra vida espiritual. Hay aquí algunos principios de los cuales debemos advertir.

«El joven Samuel ministraba a Jehová en presencia de Elí; y la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia. Y aconteció un día, que estando Elí acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver, Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová, donde estaba el arca de Dios; y antes que la lámpara de Dios fuese apagada, Jehová llamó a Samuel; y él respondió: Heme aquí» (1 Samuel 3:1-4).

El Señor lo llama una, dos, tres veces y, a la cuarta, *«vino Jehová y se paró, y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel! Entonces Samuel dijo: Habla, porque tu siervo oye»* (1 Sam. 3:10).

«La palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia». A esto se debía la situación deplorable de decadencia espiritual y apostasía, que se vivía en ese entonces. La lámpara del tabernáculo, que debía estar siempre encendida, se apagaba.

Sin palabra, se apaga el Espíritu. Pablo dice: «*No apaguéis al Espíritu*» (1 Tes. 5:19). Aquí hay una advertencia: cuando no hay palabra, no hay visión, no hay nada que te inspire a vivir, que te lleve, que te impulse y que te diga: «Avanza, sigue». Si no hay visión, comienzas a poner tu mirada en aquello que se ve.

Recordemos que el pueblo puso su mirada en lo que se ve, y pidió un rey. Y se le dio a Saúl. Si no hay visión, se apaga el Espíritu y cuando el Espíritu está apagado, no hay visión interior.

Entonces ponemos la mirada en nuestras debilidades, en lo que queremos, en lo que es tangible. Y terminaron bajo el reinado de Saúl, un hombre alto, perfecto, pero perdido – un prototipo del hombre carnal. El llamado de la Escritura es a ver y tomarnos de aquello que no se ve, porque lo que se ve es temporal.

Efectos de la falta de visión

En el libro de Rut, el libro anterior, vemos lo que sucede en una familia cuando viene la escasez, la dificultad, la prueba, el tiempo angustioso, cuando hay presiones sociales, cuando estas cosas que ocurren afuera nos afectan, cuando llega la enfermedad, cuando hay pecado.

«*Aconteció en los días que gobernaban los jueces, que hubo hambre en la tierra. Y un varón de Belén de Judá fue a morar en los campos de Moab, él y su mujer, y dos hijos suyos*» (v. 1). Rut es un libro terrible, un libro fuerte. Aquí vemos un ejemplo de una familia en la cual se ha extinguido la visión. La palabra no proveyó visión, y la lámpara comenzó a apagarse.

Aquel hombre, llamado Elimelec, decidió irse de Belén, la *tierra del pan*, a Moab. Allí, sus hijos se casaron con mujeres extranjeras. Después, él murió, y también sus hijos, y quedó una mujer viuda, junto con sus nuevas. Vino muerte, por una decisión apartada de la fe y de la visión.

Segunda ilustración

Vemos otro ejemplo en 1 Samuel 1. «*Hubo un varón de Ramatain de Sofim, del monte de Efraín, que se llamaba Elcana... Y tenía él dos mujeres; el nombre de una era Ana, y el de la otra, Penina. Y Penina tenía hijos, mas Ana no los tenía. Y todos los años aquel varón subía de la ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo, donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová*» (1-3).

He aquí otra familia, con la misma escasez y angustia, pero aquí hay un hombre de vida desordenada, viviendo en poligamia y degradación moral, que tenía conflictos en su hogar: una mujer estéril, la otra con muchos hijos, que discutían y peleaban entre ellas.

Pero este hombre tuvo la virtud de tomar aquello que se le enseñó, y se propuso en su corazón subir cada año a adorar al Señor. Una fe muy básica, con todos sus pecados y con todas sus debilidades, pero eso fue suficiente para que hubiera gracia en su familia.

Ana, una mujer estéril, tenía sensibilidad para ver las cosas de Dios. En el capítulo 2, cuando ella ora, se percibe que Ana veía a Cristo, veía la visión, veía el trono de Dios.

Noten el versículo 2:10: *«Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos. Jehová juzgará los confines de la tierra, dará poder a su Rey, y exaltará el poderío de su Ungido»*, de su Cristo.

Esto ocurre en un contexto de decaimiento espiritual y apostasía, en un tiempo en el cual nadie adoraba a Dios. El sacerdocio estaba vendido al pecado; los hijos de Elí, ministrando, robaban de las ofrendas, y abusaban de las mujeres que iban al tabernáculo.

Era un momento deplorable espiritualmente, pero esta mujer tenía un corazón encendido. Y cuando llegaba a adorar a Dios, ella consideraba su propia bajeza, su necesidad, y en un momento, decidió poner su necesidad al servicio de la necesidad de Dios.

Y, en medio de aquel pueblo apóstata, ella pone su ser al servicio de Dios. Y dice: *«Si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida»* (v. 1:11).

No fue una oración egoísta como hacemos nosotros: «Dame, Señor, para mí». Ella oró pensando en la visión de Dios, y Dios se lo dio. Y con Samuel se levanta un gran avivamiento espiritual en Israel.

La visión del trono de Dios

Hay cinco hombres en la Escritura a quienes se les reveló el trono de Dios, el gobierno de Dios, todos ellos en circunstancias muy complejas: depresiones sociales, políticas, culturales y de todo orden.

El primero de ellos es Isaías, un hombre muy preparado, miembro de la aristocracia judía de Israel, con potentes presiones sociales, a quien se le revela la visión del trono de Dios (Isaías capítulo 6).

Luego tenemos a Ezequiel, un sacerdote cautivo en Babilonia, sin templo, sin nada, en el río Quebar, guiando a un pequeño grupo de israelitas, con presiones de orden anímica, cultural, y Dios le revela el trono de Dios.

Luego Daniel, en tres imperios, babilónico, medo y persa, lidiando políticamente en esas gestiones, en toda la adversidad que conocemos y que contamos a los niños: la historia de los leones y del horno de fuego. En tales circunstancias, Dios le revela la visión del trono de Dios.

En el Nuevo Testamento, el pasaje del juicio y martirio de Esteban es maravilloso, porque uno esperaba oír acerca de un gran apóstol, pero fue Esteban, el primer mártir, quien, al momento de su muerte, dice: *«Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios»* (Hech. 7:56).

Y aquí hay una frase que la versión Reina-Valera pasa por alto. La Biblia de las Américas traduce: *«He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios»*. Es decir, el Hijo de Dios se levanta de su trono y se pone en pie para recibir a su testigo. ¡Qué maravilla!

Y el último testigo es Juan. Allí en Patmos, una isla rocosa, desértica, solo, agotado, expatriado, recibiendo malas noticias de las iglesias: apostasía, divisiones, problemas de los hermanos. Todos los demás apóstoles han muerto, y el Señor le revela el trono de Dios y su victoria, en el libro de Apocalipsis.

Dios quiere revelarse cada vez más a nosotros. Que el Señor nos dé gracia para seguir avanzando, para que los hijos vayan creciendo en este ambiente de visión espiritual; y esto quede impregnado en sus corazones, y guíe su conducta hacia el futuro; hombres y mujeres que tienen la visión de Dios en su corazón: *«Cristo en nosotros, la esperanza de gloria»*. ¡Bendito es nuestro Señor!

La esperanza de gloria

Volvamos a Colosenses, para decir dos cosas más. En esta frase, *«a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio*

entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria», esta esperanza de gloria da la idea de plenitud, de conclusión, de término.

Esta idea nos viene al corazón cuando el Señor dice en la cruz: «Consumado es» (gr. *Tetelestai*). Pareciera que nada ocurrió, pero Dios, en esa expresión, concluyó, en Cristo, toda su obra. Y el Hijo de Dios entregó el espíritu después de pronunciar estas palabras. «*Tetelestai, consumado es*».

Esta expresión se empleaba en diversas situaciones: cuando se pagaba una deuda, cuando se terminaba un trabajo, o al finalizar la cosecha. «Se concluyó todo, ya no hay nada más que hacer».

Al leer esta frase, «*la esperanza de gloria*», podemos decir: «Cristo en nosotros es la consumación de todo aquello que Dios hizo; y él hará su obra en nosotros».

Aquel que dijo: «*Edificaré mi iglesia*», lo hará, lo concluirá en nosotros. Ya está cumplido y está realizado en la vida espiritual, en el «consumado» de Dios, pero aquello será una realidad porque la gloria es futura, es esplendor, es plenitud. Cristo es la consumación de todo en nosotros.

Cuando te enfrentas a ese pecado que te domina, con el cual luchas desde tu infancia, que viene una y otra vez a atormentarte, levanta tus manos, y di: «*Cristo en nosotros, la esperanza de gloria*». Dios terminó con ese pecado, en Cristo, y ya el pecado no te domina más. Créelo.

Cuando tengas problemas con tu matrimonio, eso es parte de nuestra realidad, mas Cristo en nosotros es «*la esperanza de gloria*». Se suele oír que se acabó el amor, y no queda nada. Cuando hay un hijo que se va, cuando hay dolor, cuando parece que no hay nada más que hacer, ¡Cristo en nosotros, la esperanza de gloria! Cuando toques el fracaso y sientas que ya no vales nada y hasta las ganas de vivir se te han ido, ¡Cristo en nosotros, la esperanza de gloria!

«Creí, por lo cual hablé». Háblalo, créelo, toca la visión celestial por la fe, «*para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones*». Cristo es la respuesta de Dios. ¡Cristo en nosotros, la esperanza de gloria! Este es nuestro grito de guerra. ¡Bendito sea el Señor!

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Campamento de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2024.

Tres atributos divinos que siempre están juntos y que son parte de la esencia de Dios.

La eternidad de la Cruz en la naturaleza divina

Roberto Sáez

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Hay tres atributos de Dios que se encuentran en toda la Biblia, en especial, en Juan 3:16: Amor, Cruz y Donación. Dios es amor. Esta es la esencia del carácter de Dios. Siendo uno, Dios es una unidad en tres personas. Así, pues, el amor es posible cuando hay otros, porque si no, el amor no tendría sentido.

Ahora bien, cuando el amor fluye hacia el otro, hay un desprendimiento de lo que es mío para compartirlo con aquél. Lo que condiciona el amor es la cruz, la negación. Y el resultado es lo que le damos a los demás. Amor, cruz y donación van eternamente juntas. sin separarse jamás.

La cruz no es algo que apareció solo hace dos mil años atrás, sino que es algo eterno, es parte del carácter divino. Dios es un ser capaz de negarse a sí mismo por el bien del otro. Y a los hijos de Dios se nos pide que repliquemos estas cualidades en nuestro carácter y en nuestras relaciones con los demás.

Una imagen distorsionada

Fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Esa imagen, en realidad, está en nosotros, pero está deteriorada, afectada por el pecado, de tal manera que estas cualidades no funcionan bien, debido a la distorsión de

la naturaleza caída que hemos heredado, este estigma del mal que habita en nosotros.

Esta distorsión procede de los ángeles caídos, cuyo jefe principal, Satanás, se rebeló en los cielos, y con él arrastró la tercera parte de los ángeles. Su rebelión consistió en querer usurpar el lugar de Dios. Ese es el origen del mal, de una criatura que se rebeló contra su Creador.

Dios es el único ser glorioso, que ha vivido en un estado de eterna satisfacción consigo mismo. La palabra *gloria* tiene que ver con satisfacción, gozo, alegría, bienaventuranza, dicha. Dios es el ser más glorioso, quien está contento consigo mismo de ser lo que es, de hacer lo que él hace.

Este Dios glorioso no nos creó para que le demos gloria, sino para compartir su gloria, su gozo, su satisfacción. Por eso, las aflicciones que pasamos en este mundo no se comparan con la gloria que nos espera, de la cual ya somos participantes, aunque aún falta que lleguemos a la plenitud de ella.

El origen de nuestra naturaleza

Cuando Dios creó a Adán y Eva, Satanás ya estaba aquí. Él tentó a la primera pareja y puso una calumnia en sus mentes: *«Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal»* (Gén. 3:4-5)

El árbol de la ciencia del bien y del mal alude a la cultura de los ángeles caídos, porque ellos saben lo que es bueno, pero no son capaces de hacerlo, y saben lo que es malo y no pueden evitarlo. Esta es la cultura que introdujo Satanás en la mente y el corazón de Adán y Eva.

En realidad, Dios les había dicho: *«De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás»* (Gén. 2:16-17). Y la muerte significa separación. Todos los seres humanos heredamos este estigma de la muerte.

Nuestro espíritu estaba muerto. Éramos incapaces de conocer a Dios. Pero él quiso salvar a Adán y Eva. Ellos, avergonzados de estar desnudos, se vistieron con hojas de higuera. Y Dios, para vestirlos de manera apropiada,

da, mató un animal, tal vez un cordero, el primer sacrificio que registra la Biblia, apuntando a la redención futura.

En una transacción divina, la inocencia del animal le es imputada al culpable, y la culpa del hombre le es imputada al animal que muere. Esta es la gran historia del Cordero de Dios, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. El culto judío representa ese sistema sacrificial, en el cual un inocente muere por el culpable.

Quiso compartir su gloria

Así que Dios nos creó porque él nos quiere dar gloria, contentamiento. Y, como producto de su obra en nosotros, le alabamos, y Él se alegra también con nosotros, porque tiene esa capacidad de una vida compartida, una vida de familia, la vida de iglesia. *«Cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía»* (Sal. 133:1). Es precioso vivir la vida eterna de Dios, una vida de dependencia el uno del otro.

Pedro da testimonio a los judíos, diciéndoles que Cristo murió *«por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios»* (Hechos 2:3). Antes que el universo existiera, Dios ya tenía pensado lo que sería sufrir la cruz, porque ella estaba en la capacidad divina de negarse por el bien del otro.

En el Evangelio de Juan, Jesús ora por los suyos, diciendo: *«Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese ... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno»* (Juan 17:5, 22). ¡Qué gloria nos ha dado el Señor!

Esa gloria, esa vida gozosa, es una vida compartida, donde priman los intereses del otro antes que los propios. En los ángeles caídos, es a la inversa. Sus características son: egocentrismo, independencia, individualismo, soberbia, orgullo, altivez, jactancia, arrogancia, vanidad. Todas estas palabras son sinónimos de un inflarse. La persona soberbia es un ser inflado, que se gloria en sí mismo.

Jesús critica a los fariseos, porque exigían que les dijeren: «Rabí, maestro». *«Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo»* (Mat. 23:8). Estos no son títulos de nobleza, sino funciones. No debemos esperar gloria para nosotros. Dar gloria es dar

satisfacción a otro. Yo no soy el centro de mi vida; el centro de mi vida tiene que ser el amor, la cruz y el dar (ACD).

Vemos la egolatría en la parábola del fariseo y el publicano. Un fariseo entró en el templo y oraba consigo mismo, jactándose de sus propios hechos.

Y un publicano, un despreciable cobrador de impuestos, en un rincón, se golpeaba el pecho diciendo: *«Dios, sé propicio a mí, pecador»*. Y Jesús dice: *«Éste descendió justificado a su casa antes que el otro»* (Luc. 18:14). Esta es la gran lección de Dios: la cruz es para que yo, a través del amor, pueda negarme y dar para otros.

Contrapuntos de la Cruz

La cruz tiene contrapuntos. Ella se convierte en el hacha puesta a la raíz del árbol, un instrumento de castigo, que enjuicia el pecado y la conducta egocéntrica. Dios aborrece la justicia propia. No nos creamos buenos, sino obremos con mansedumbre y humildad; actuar con bondad, tener serenidad para soportar, y reconocer que las virtudes que tenemos son dones de Dios.

La humildad es sinónimo de cruz, porque significa negarse, despojarse. La humildad, tiene que ver con un corazón contrito, que se aprieta con el dolor de otro; con reconocer que en sí mismo no se es nada. Dios es el todo y yo nada. La humildad revela a la persona capaz de pasar por alto la ofensa y capaz de ser enseñable y de recibir consejo.

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mat. 11:29).

Nadie más apropiado para hablar de humildad que el Señor mismo. Jesús nos reveló con su vida que él es Dios, que vino en carne y sangre, que asumió nuestra humanidad, que sintió cansancio, que tuvo hambre y tuvo sed. Era un ser humano, como cualquiera de nosotros, un hombre común y corriente, pero sin pecado. Pero los que se acercaban a él, oían sus enseñanzas y veían sus obras, y se admiraban.

Sin embargo, los discípulos, en el tiempo que anduvo Jesús con ellos, no lo entendieron plenamente. Uno de ellos, Tomás, cuando oyó que había resucitado, dijo: *«Si no toco sus heridas, no creeré»*. Y Jesús se les apareció súbitamente. Ellos creyeron que era un fantasma. Entonces, al que

había dudado, Jesús le dice: «Aquí estoy». Le muestra las manos, los pies y el costado herido, y Tomás cae a sus pies y lo adora.

Amor, Cruz y Donarse

Estos relatos muestran la grandeza del Señor Jesús, Dios manifestado en carne, que nos vino a revelar quién y cómo es Dios, y encarnó estas tres cualidades, ACD (Amor, Cruz, Donarse), de la manera más extraordinaria. Por eso, él dice: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*». Y enseña que, aquel que se humilla, será ensalzado. O sea, el camino de ser levantado es la negación, la cruz.

«*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mat. 5:3). La enseñanza en el Sermón del monte significa reconocer que, en mí mismo, no soy nada; que, si soy algo, lo soy por la gracia de Dios, por lo que él me ha dado. Y que, para darme lo que tengo, él tuvo que pasar por la cruz.

Dios, encarnado, pasó por la cruz. ¿Para qué se encarnó y se humilló? Dice Filipenses 2: «*Cristo Jesús ... siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo*» (vs. 5-7). Él dijo: «*Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar*» (Juan 10:17-18).

El Señor Jesús tenía la capacidad, de Dios, de despojarse. Así que nunca le tuvo miedo a la muerte. Sí, como hombre sufrió, pero el temor más grande que él tuvo fue cuando estaba a punto de beber el cáliz de la ira de Dios: habría una instancia, que no ha ocurrido nunca antes, una fisura en la naturaleza divina, entre las personas de la Trinidad. El Hijo de Dios moriría como un ser representativo de la raza de Adán, iba a asir toda la raza y la llevaría a la cruz con él. Cristo, cuando murió en la cruz, murió por todos.

Muerte inclusiva

Esa parte tiene que ver con que Cristo nos sustituyó, pero tiene otro lado, que él también nos incluyó en su muerte, de manera que él murió por nosotros, pero también murió con nosotros; como si fuéramos nosotros los que estuviéramos en ese lugar, pues todos merecíamos morir. Pero

vino la transacción divina, y el inocente Cordero de Dios dio su vida por todos nosotros y luego venció a la muerte.

Cuando Cristo entró a la oscuridad de la muerte, Satanás tenía las llaves de la muerte y del Hades, y tenía a todos los seres humanos encarcelados. Y Cristo le arrebató las llaves de la muerte y del Hades. Y cuando Cristo se levanta para salir de ese lugar, porque la muerte nunca había liberado a nadie, él abrió las puertas, y salieron los espíritus encarcelados, libres para ir al paraíso con Cristo.

Entonces el Padre lo levantó entre los muertos, y ascendió a los cielos. Ahora, el reino de los cielos tiene un Soberano, a quien todos le obedecemos, pero es por amor y no por obligación. Nosotros no amamos a Dios porque él nos presiona; lo amamos porque él nos ha dado su amor para poder amarle. No le amamos con nuestro amor, sino con el mismo amor con que él nos amó primero. ¡Gloria al Señor!

La cruz es algo glorioso porque, ¿adónde me voy a gloriar sino en la cruz de Cristo? Y esta capacidad de negarse a sí mismo, de rendirse, de despojarse en bien del otro, por amor, estas tres cualidades tienen como centro la cruz. Pero cuando el ser humano no se despoja, entonces allí hay muerte, condenación, ira, enemistad, sufrimiento, maldición, hay humillación y castigo.

Cristo sufrió todo esto en representación de la humanidad caída. Pero, ¿qué obtuvo él por haber pagado ese precio? Entonces, de la muerte surgió la vida, de la condenación, la justicia imputada; de la ira, la paz; de la enemistad, la reconciliación; del sufrimiento, la gloria; de la maldición, la bendición; de la humillación, la exaltación, y del castigo, la liberación.

La casa del alfarero

En Jeremías capítulo 18, Dios le pide a Jeremías que vaya a la casa del alfarero. El profeta fue, y vio que el alfarero estaba haciendo una vasija, pero entonces la vasija se rompió en sus manos. Y Dios le dice al profeta: «Mira, hijo de hombre, ¿no podría yo hacer como el alfarero con las naciones que se han rebelado contra mí? En un instante las voy a arrancar, las voy a derribar y las voy a destruir».

Dios le está mostrando que viene el día cuando Dios arrancará, derribará y destruirá las naciones que se han rebelado contra él, aludiendo a la

casa de Judá. Y le dice: «Anda y diles que yo, en un instante, puedo arrancar, derribar y destruir, pero también en otro instante puedo plantar y edificar».

O sea que Dios, para edificar, tiene que derribar. ¿Y qué es lo que derriba? Derriba el orgullo, la altivez, el egocentrismo. Todos los rasgos de los ángeles caídos, que están impresos en el hombre, Dios los tiene que derribar.

Y por eso son las pruebas, por eso son las aflicciones, por eso vivimos lo que vivimos. Entonces Dios le dice que él puede no solo mandar una maldición, sino que puede edificar. «Diles que se arrepientan». Y va el profeta y le anuncia las palabras de Dios al pueblo, y el pueblo dice: «Vamos a ir en pos de nuestro malvado corazón, haremos lo que nosotros queramos hacer».

Y eso fue lo que hicieron los judíos del reino del sur, y se fueron en cautiverio por 70 años a Babilonia. El quebrantamiento, Dios usa esta herramienta de derribar y para edificar. ¿Qué es esta tierra en que vivimos? La cantera, el lugar donde están las piedras. ¿Y cómo se obtienen las piedras? A golpe de martillo y cincel. Entonces, los que extraen aquellas piedras tienen que darle golpes para formarlas.

Nosotros somos un edificio espiritual construido con piedras vivas. Y Dios, para tallar las piedras, usa los golpes del martillo y el cincel. Así que no nos asombremos cuando estemos pasando por sufrimientos, porque es la forma que Dios utiliza para edificar, formando así la imagen del Hijo, hasta llegar a la estatura del varón perfecto.

Cristo, nuestro modelo

Cristo, *«estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor»* (Flp. 2:8-10).

El Señor Jesucristo es nuestro modelo, en su vida y en sus enseñanzas. *«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el*

que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará» (Marcos 8:34-35).

Estas expresiones de Cristo son la síntesis de los libros de sabiduría: Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Cantares. Job, cuando lo perdió todo: la salud, los bienes, todo, dijo: *«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá»* (Job 1:21). *«¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?»* (Job 1:3). *«Vanidad de vanidades, todo es vanidad»* (Ecl. 1:2). Lo que tiene real importancia es el temor de Dios; no es miedo, sino respeto, reverencia, consideración de quién es Dios.

Lo que más destaca en este mensaje es la humildad, porque ella es sinónimo de cruz. Yo pierdo para que otro gane. Esto replica Pablo cuando dice que la muerte de Cristo opera en él, para que otros vivan. Somos llamados a morir a nuestros intereses por el bien de los demás. Tendríamos iglesias saludables, familias y matrimonios saludables, si estamos dispuestos a perder para ganar el carácter de Cristo.

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios» (Gál. 2:20). El éxito de un cristiano reside en que él ha decidido no vivir su propia vida, sino vivir la vida de otro.

«Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre» (Juan 6:57). Cristo no vivió su propia vida; como hombre aquí en la tierra, él vivió la vida del Padre. *«Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras»* (Juan 14:10). Así que la vida del Hijo de Dios está centrada en la vida de Otro, en la vida de su Padre. Si usted ha creído en Cristo, está llamado a vivir la vida de Otro.

Cristo, nuestra medida

El secreto de la prevención y cura de todo mal es estar en comunión con la cruz de Cristo. El orgullo y la ceguera espiritual son causa de muerte. *«Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»* (Mat. 23:12). Así que, para un cristiano, el camino de la gloria, es el camino de la cruz. *«Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu»* (Prov. 16:18).

«Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener» (Rom. 12-3). La soberbia y el orgullo hicieron caer a nuestros primeros padres.

La soberbia se manifiesta cuando no reconocemos nuestros errores, cuando somos intolerantes. La soberbia, el orgullo, la autoglorificación, la autoexaltación se manifiestan cuando no aceptamos opiniones distintas a las nuestras.

El orgullo que tiene alguien por sus logros lo hace sentir superior a los demás. Debíamos aprender que todo se lo debemos a Dios, que yo no soy nada en mí mismo, que él lo es todo para mí. Nuestra vida no es la medida para medir a los demás; la medida para mí y para los demás siempre será Cristo.

Para vencer el orgullo, hay que arrepentirse, y eso viene por gracia de Dios, cuando nos llega la buena noticia de que está todo hecho. *«Consumado es»*.

Cuando nos llega, todos los sentidos se despiertan para arrepentirnos y reconocer que no somos dignos. Y luego viene el Espíritu Santo y opera dentro de nosotros un nuevo nacimiento, un renacer del espíritu, una transformación – la conversión. Conviértete a Cristo, y luego, una vez nacido de nuevo, aplica la cruz en el día a día.

Concluyo con lo siguiente: Cristo conservará eternamente las marcas externas de la cruz, porque ahora, en el cielo, él es un hombre glorificado, y llevará las marcas de la cruz en sus manos, en sus pies y en su costado. Nosotros cantaremos eternamente acerca de la cruz, porque la viviremos por siempre.

A nosotros nos pareciera que, un día, la cruz va a desaparecer, y en lugar de una cruz tendremos una corona. ¿Pero qué haremos con ella el día en que la recibamos? La pondremos a los pies de nuestro Señor Jesucristo. No pensemos que la cruz es algo de lo cual un día prescindiremos. Y ahí está otra vez el ACD; en esa acción está el amor, la cruz y la donación.

Evidencias del carácter de Cristo en nosotros

Algunas otras cosas. El ego es la raíz de todo mal en nuestro estado caído; pero la humildad genera virtudes celestiales. Somos llamados a hacer

morir nuestra naturaleza egocéntrica, por medio de la humilde naturaleza de Cristo que vive en nosotros.

Ser quebrantado y pasar por pruebas no es garantía de humildad. Sí, Dios, usa el quebranto para producir en nosotros un corazón que se aflige por su condición, pero también se aflige cuando no estoy agradando a Dios haciendo lo que él quiere, cuando mi vida no está derramando amor y servicio.

Jesús, en Juan 17:10, ora al Padre: «*Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío*». Si aplicamos ese principio en los matrimonios, cuando la mujer trabaja, genera recursos, el hombre también, cada uno maneja su cuenta personal. ¡Y qué conflictos se presentan allí!

Pero cuando el marido le dice a su mujer: «Lo mío es tuyo», y ella responde: «Y lo mío es tuyo», eso es replicar el carácter de Dios en sus vidas.

Hay rasgos divinos no transferibles, que Dios nunca entregará a nadie: su omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia. Las demás cualidades son transferibles, Dios quiere que estemos marcados con ellas. Las cualidades de Dios son infinitas; estaremos toda la eternidad conociendo cómo y quién es él. Pero lo que hoy sabemos basta para rendirnos a él y decir: «Padre, lo que tú quieres para mí, yo también lo quiero. Y aquello que tú aborreces, yo también lo aborrezco». Esto es unidad, comunión con Dios. Las señales monumentales de la obra de la cruz están en toda la Escritura, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. El Evangelio tiene como centro la cruz. La religión dirá: «Debes hacer esto, y te irá bien». Pero el Evangelio dice: «Todo está hecho». ¡Gloria al Señor! La cruz se opone al yo, a la justicia propia, a las pasiones, al orgullo, a los deseos de la carne y de los ojos, y la vanagloria de la vida.

«Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra» (2 Cr. 7:14). Tu tierra es tu vida, tu familia, tu salud, tu trabajo, tus bienes. Dios te los dio y hoy son tuyos, pero es como si no los tuvieras, porque reconoces que son dones de Dios. ¡Gloria al Señor!

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Campamento de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

TEMA DE PORTADA

La comprensión del amor expresado en la Cruz nos conmueve y nos lleva a adorarle.

El gran amor de Cristo

Rodrigo Abarca

«Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin ... Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado» (Juan 13:1; 34-35).

Tres énfasis

El evangelio de Juan se divide en tres secciones. La primera, del capítulo 1 al 7, muestra a Jesús como la vida eterna de Dios, que vino al mundo para darnos vida, y culmina con un gran anuncio: *«En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7:37-38).*

La segunda sección, desde el capítulo 8 al 12 nos habla de Jesús como la luz del mundo: *«Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (8:12).* Él vino para ser la luz, y abrir nuestros ojos que estaban cegados por el pecado. Y termina afirmando: *«Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas» (12:46).*

Pero los hombres, en general, rechazaron la luz. Y, a pesar de que había hecho grandes señales y milagros, no creyeron en él. *«Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo ... y los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (1:9; 3:19).*

Y agrega Juan: *«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios»* (1:12-13). Esto corresponde a la tercera parte del evangelio de Juan. Entonces el primer énfasis es **la vida**, el segundo es **la luz del mundo**, y el tercero es **el amor de Cristo**.

Por lo tanto, desde el capítulo 13 hasta el final de este Evangelio, el énfasis de Juan es el amor con que Cristo nos amó.

De hecho, Pablo en Efesios dice que *«conocer el amor de Cristo excede a todo conocimiento»*, es decir, que, de la plenitud de Dios, de todo lo que Dios revela de sí mismo, lo más grande es el amor de Cristo. Conocer el amor de Cristo es experimentar ese gran amor.

Nada supera eso, dice Pablo, porque el amor de Cristo nos constriñe, nos impacta y produce tal conmoción interior, que nos impulsa a vivir solo para él. Tal es el resultado de ese amor.

Nuestra pascua

«Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado...» (13:1). Juan resalta aquí dos cosas. Lo primero: *«Antes de la fiesta de la pascua»*. Solo Juan menciona que el ministerio público del Señor abarcó tres pascuas; por eso sabemos que su ministerio duró unos tres años y medio.

Juan es el único evangelista que nos presenta a Jesús como el Cordero de Dios. En el río Jordán, Juan el Bautista lo reconoció diciendo: *«He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*. Esta frase es fundamental en el evangelio de Juan, y hace referencia directa al Cordero pascual.

Por eso es mencionada aquí la pascua, porque el contexto es el sacrificio del Señor. El verdadero Cordero pascual, cuya sangre puede rescatar de la muerte, está aquí. Esta fue la pascua del Señor.

¿Y qué es la Pascua? *«Sabido Jesús que su hora había llegado para que pasase...»*. El verbo *pasar* es clave, porque *pascua* significa **el paso**. Cuando Dios establece la pascua en Éxodo 12, dice: *«Es la pascua del Señor. Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto»* (Éx. 12:12).

El pueblo de Israel había estado en Egipto durante 400 años, y al final de ese periodo se levantó un nuevo rey, que no conocía la historia anterior del pueblo, y éste los esclavizó, y eran mano de obra barata para Faraón en la construcción de pirámides, templos y palacios.

La opresión se agravó en extremo. Entonces, Dios llamó a Moisés para libertar a su pueblo. Pero Faraón no quiso dejarlos ir; entonces Dios envió plagas para quebrarlo. Finalmente, Dios envía una plaga final: *«Yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito»*. Esa noche, ellos tomarían un cordero por familia y lo sacrificarían. Y pondrían la sangre del cordero sobre los postes y en el dintel de sus casas. *«Y veré la sangre, y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto»* (Éx. 12:13).

Eso es la pascua: pasar por alto nuestros pecados. Que un primogénito muriera, no dependía si era buena o mala persona. Si alguno estaba tras la puerta marcada con la sangre, sería perdonado. Así es el evangelio. No depende de quiénes somos, sino de la sangre.

El Cordero de Dios

Esa noche, el juicio de Dios pasó por la tierra, y murió desde el primogénito de Faraón hasta el primogénito de los animales. Todos ellos, sin excepción, cayeron bajo el juicio de Dios. *«Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios»* (Rom. 3:23). Nadie puede escapar al juicio de Dios; pero aquellos que estaban resguardados por la sangre se salvaron. Israel fue rescatado de la muerte y de la esclavitud, por el poder de la sangre del cordero. Y eso debían recordarlo siempre. El día 14 del primer mes del año, por 1500 años, ellos sacrificaban un cordero, recordando lo que Dios había hecho. Pero eso era solo una figura. Ahora venía el verdadero cordero, *«el Cordero de Dios»*, que salva al mundo entero. Esta es la Pascua verdadera.

Hebreos 12 describe a la iglesia con varios títulos del Antiguo Testamento: *«Os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles...»* (22-23). Y después: *«a la iglesia»*, (lit. griego), *«a la iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos»* (La RV1960 traduce: *«la congregación»*).

Los «*primogénitos inscritos en los cielos*», fuimos salvados por la sangre del verdadero Cordero de Dios, rescatados de la muerte, de la esclavitud del pecado y de la condenación, por la sangre de Cristo.

La hora de la Cruz

«*Sabiendo Jesús que **su hora** había llegado*». La palabra «**su hora**» se repite varias veces en el relato. La primera, en las bodas de Caná. «*Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido **mi hora***» (2:3-4).

«*No ha venido mi hora*», es decir, aún no se ha cumplido la razón por la cual él vino al mundo. No es una hora cronológica, sino una hora fijada en el consejo eterno de Dios. Solo cuando tal hora llegara y él voluntariamente ofreciera su vida, entonces su vida podía ser tomada.

«*Sabiendo Jesús que su hora había llegado*». Esa hora que él había esperado desde el momento en que nació, la hora de la cruz. Juan dice: «*...para que pasase de este mundo al Padre*». No dice «*...para que muriera*». Su muerte es el paso, el camino de retorno al Padre.

Ese camino pasa por la cruz. Jesús, como Hijo, en cualquier instante, podía subir a la presencia del Padre. Pero en la voluntad divina, ese camino pasaba inevitablemente por la cruz. Y Jesús sabía eso. Toda su vida vivió bajo la sombra de la cruz, y aquella hora había llegado.

Amor por los suyos

En la última de la noche de Jesús con sus discípulos, dice: «*Como había amado a los suyos...*». Este es el énfasis de la tercera sección del evangelio de Juan: Jesús amó a los suyos. Y noten aquí dos cosas. Primero, todo este evangelio resalta el ministerio de Jesús hacia el mundo: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo*» (Juan 3:16). Es el gran amor de Dios a todo el mundo. Dios «*ha dado a su Hijo unigénito, para que **todo aquel** que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna*».

La primera parte trata del amor de Dios a todo el mundo. Pero luego solo habla del amor de Dios por los suyos. «*Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*». El capítulo 17, la oración de Jesús enfatiza este punto. «*Yo ruego por ellos; no ruego por*

el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos» (9-10).

Por los suyos, el Señor está consagrándose a sí mismo para la muerte, como el sumo sacerdote, que ofrecía el sacrificio de la expiación en el Antiguo Testamento. Aquí el que sacrifica, y el sacrificado, se fusionan en una sola persona. Y él se santifica a sí mismo antes de ofrecer el sacrificio, para que nosotros seamos llevados a la gloria.

El énfasis es su amor por *«los suyos»*. Y no son solo los apóstoles que estaban con él esa noche: *«Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno» (20-21). «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (1:12).* ¿Has creído en él? Entonces también eres uno de los suyos.

Sus ovejas

En el capítulo 10, el Señor habla del buen pastor y sus ovejas. Allí comienza el énfasis de Jesús en los suyos, los que él ama de manera especial, por los cuales él da su propia vida. Él nos dice: *«Mis ovejas»*. *«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen» (v. 27).*

Los pastores orientales juntaban todos sus rebaños en un gran redil, para pasar la noche. Ellos conocían a sus ovejas y le ponían nombre a cada una, y ellas conocían la voz de su pastor y el nombre que éste les había dado. Y para separar las ovejas al amanecer, cada pastor, a la entrada del redil, las llamaba, una a una, por su nombre. Y cuando la oveja oía la voz de su pastor, salía en pos de él.

Jesús tiene una relación única con aquellos que lo reconocen y oyen su voz. *«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen».*

Él ama y da su vida por sus ovejas. Porque el Evangelio es dado de gracia a todo el mundo, pero solo algunos creen y reciben al Señor, escogidos desde la eternidad.

«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás». ¡Maravilloso amor de Cristo! Esto sirve de contexto a lo que viene ahora. *«Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, **los amó hasta el fin**» (13:1).*

La expresión «*hasta el fin*», es la palabra griega *teleios*, significa, primero, que los amó de manera perfecta. Y segundo, que los amó con un amor que nunca desistió, que persistió hasta el final.

El Señor vivió cosas terribles: el desprecio, la burla, el juicio, los azotes, la cruz y, sobre todo, la ira de Dios, el abandono del Padre; pero nada de eso hizo que él desistiera de su amor por nosotros.

Amor y gloria, en la Cruz

«Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará» (Juan 13:31-32). ¿Qué significa esta frase tan compleja? Aquí no solo se está revelando el amor de Cristo, sino, en realidad se está revelando el amor del Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En la hora de la cruz, la Trinidad está plenamente comprometida. Y aquí tenemos la revelación suprema del amor de Dios.

«Ahora es glorificado el Hijo del hombre». La gloria del Hijo no solo se refiere a su exaltación a la diestra del Padre. Su gloria se manifiesta de manera más plena en la cruz. El Hijo es glorificado en la cruz, y también lo es el Padre. La cruz señala algo mayor que todo lo demás que se pueda revelar. Es «*el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento*» (Ef. 3:19). Así nos ama Cristo.

No solo el amor de Cristo se revela en la cruz; sino también el amor del Padre por nosotros. Lo sabemos, porque Jesús mismo lo dice esa noche a sus discípulos y les explica por qué debe ir al Padre. «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí» (Jn. 14:1). «No se confundan, no se angustien, no dejen que lo que ocurrirá turbe sus corazones».

El amor del Padre

Dice el Señor a Pedro: «A donde yo voy, no me puedes seguir ahora. Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces» (13:36-38).

Ninguno de ellos podía seguirlo, porque él tenía que ir a una cruz y recibir el castigo de la ira de Dios. Nuestra culpa, nuestro pecado sería cargado sobre él y él sería castigado por nosotros. Por lo tanto, ¿quién lo puede seguir? Nadie, porque la redención es solo obra suya. Solo después que su obra sea consumada, que él haya resucitado, todos lo podrán seguirle.

Entonces, Jesús los prepara, diciéndoles: «*No se turbe vuestro corazón*». Y les explica: «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros*» (12:2-3). Él revela no solo su amor, sino el amor del Padre, obrando en la cruz.

En la Biblia, la «*casa*» es el lugar donde alguien vive, pero también significa la descendencia de una persona. Y aquí, ambos significados están involucrados. «*La casa de mi Padre*». La casa es el lugar donde mora el Padre y su familia. Pero sabemos que, por toda la eternidad, en esa morada siempre habitó solo un Hijo, «*el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre*» (1:18).

Pero Dios, en su gran amor, nos dio a su único Hijo, para que muchos otros hijos pudieran llegar a su Casa. Y para eso él ha venido al mundo. Entonces, dice: «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*». La palabra *morada*, significa literalmente *pieza*, en griego.

Cuando los padres saben que viene un bebé en camino, preparan con amor un cuarto, para acogerlo. En las palabras de Jesús, en casa del Padre hay muchos cuartos. El Padre está esperando esos hijos, porque la Escritura dice que él nos amó y nos escogió antes de la fundación del mundo.

El Unigénito del Padre

Fue decretado desde la eternidad que el Hijo vendría al mundo a rescatar y a salvar a esos hijos, a preparar lugar para ellos y llevarlos a la gloria del Padre. Pero recuerden, allí, Dios tenía un solo Hijo, el **Unigénito** Hijo. Solo Juan usa esa expresión (gr. *monogenes*) en su Evangelio, para aplicarla a Jesús. Veamos por qué.

«*Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu*

único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto» (Gn. 22:1-2). La palabra hebrea traducida aquí como **único**, significa *Unigénito*.

Abraham tomó a su hijo Isaac y caminó con él rumbo al monte Moriah. Hay una figura hermosa ahí, del hijo que toma la mano del padre y camina con él, obedientemente, sin decir palabra. El padre lleva a su hijo al sacrificio. Isaac es tipo de Cristo, Abraham lo es del Padre, y ambos van juntos.

«Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío» (v. 7-8).

Ahora, cuando Abraham va a sacrificar a Isaac, el ángel de Jehová detiene la mano de Abraham. Y le dice: *«No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, **tu único**»*. Entonces allí cerca había un carnero enredado en un zarzal, y ese animal sustituyó a Isaac en el sacrificio.

Dios dice: *«Por mí mismo he jurado, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo; de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar ... En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra»*.

¿Cómo Dios podía cumplir su promesa de bendecir a las familias de la tierra?

Había solo un camino. Dios tendría que ofrecer a su Hijo, pero a diferencia de Isaac, no habría quién detuviera su mano. El Padre entregó a su único Hijo, en la cruz, y allí vemos revelado este doble amor.

No sólo nuestra mano

Normalmente enfocamos la cruz desde la perspectiva del amor de Cristo, y es verdad, allí se revela el gran amor con que él nos amó. Pero recordemos que también el Padre estaba allí expresando su amor por nosotros, porque él estaba entregando a su propio Hijo.

Jesús en la cruz clama: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». No solo son palabras, es un hecho: él fue abandonado por el Padre, algo inimaginable para nosotros. Por eso, él había orado en Getsemaní. Aquella oración angustiosa nos desconcierta, porque nunca le vimos abatido hasta aquel extremo. «*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*» (Mat. 26:38).

Aquella noche, el Señor sintió terror, y no es que él tuviera miedo a la muerte, porque él es el autor de la vida, él es la resurrección y la vida. La muerte no tiene poder sobre él. No era eso lo que él temía, sino beber la copa de la ira de Dios. «*¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*» (Hb. 10:31).

Como la figura de Abraham e Isaac caminando de la mano, el Padre caminó siempre de la mano de su Hijo. Desde la eternidad, el propósito entero de la vida del Hijo de Dios ha sido su Padre, así como el Hijo ha sido desde la eternidad el propósito del Padre. Uno y otro viven para amarse eternamente.

Todo eso se quebró, por un instante, sobre la cruz. No solo el Hijo quedó solo; también el Padre vio a su Hijo morir y tuvo que abandonarlo. No solo el corazón del Hijo se partió sobre la cruz; también el corazón del Padre, figuradamente, se partió mirando la cruz, pero ni el Padre ni el Hijo abandonaron su propósito de amarnos de esa manera. Así Dios nos reveló su amor.

Un hermano dice que, cuando Jesús vino al mundo, él, en un momento, con una de sus manos, tomó la nuestra para ir con nosotros, y de la otra mano sostenía la mano del Padre, y él caminaba tomado de esas dos manos.

Pero, en Getsemaní, se le presentó una elección inevitable: Él tenía que soltar una de esas manos. Si soltaba la nuestra, podía asegurar la de su Padre por toda la eternidad, pero si soltaba la del Padre, podía asegurar la nuestra. Entonces, Jesús soltó la mano del Padre, pero aferró la nuestra hasta el fin, y no la soltó.

Y cuando entró en el horno ardiente de la ira de Dios, el Hijo de Dios sufrió el desprecio, los escupos, el suplicio, la vergüenza, la humillación, el camino de la cruz. Y, cuando el peso de la cruz era tan grande,

porque ya había perdido casi toda su sangre, siguió adelante, pero no soltó tu mano ni la mía.

Lo vimos golpeado por Dios, afligido, pero no fue por él, sino por causa de nosotros. Sus dolores fueron nuestros dolores; sus heridas, las nuestras. Eso era lo que nosotros merecíamos, pero el Señor tomó nuestra mano, nos escondió en él, para que la ira de Dios no nos alcanzara.

El rol del Espíritu Santo

Esto es lo que el Espíritu Santo quiere derramar en nuestros corazones, para que sepamos que somos amados de esta manera incomprensible. No puedes explicar este amor con palabras, pero es real. Él no desistió, y no soltó tu mano ni la mía. ¡Bendito sea el Señor!

A veces, al pasar por situaciones dolorosas, pensamos injustamente, que Dios no nos ama; pero esta es la prueba de su amor. Si él no soltó tu mano en esa hora terrible, nunca la soltará. Ni la muerte, ni la ira de Dios que cayó sobre él pudo arrebatarlos de su mano, porque así él nos amó.

Por eso Pablo dice que conocer el amor de Cristo excede todo conocimiento. Mas, no solo el amor del Cristo, sino el mismo amor del Padre. Pero aquel día el Padre no perdonó a su Hijo en la cruz, ¿por qué? Para perdonarnos a todos nosotros, eternamente. El Padre demostró su amor en la cruz, el Hijo mostró su amor en la cruz y el Espíritu Santo derrama ese mismo amor en nuestros corazones.

A veces, al hablar del camino de la cruz, nos parece tan duro, tan pesado. Es cierto que hay dolor. Pero ese no es el significado profundo de este camino. El camino de la cruz es que tu vida pecadora fue intercambiada por la suya en la cruz. Él tomó tu vida como suya y terminó con esa vida en la cruz.

Entonces, el camino de la cruz significa que el Espíritu Santo ahora, amorosa y pacientemente, va a ordenar todas las circunstancias de tu vida. A veces, son tratos que nos parecen duros, pero el propósito es uno solo: que la vida de Cristo, que ahora es tuya, se convierta realmente en tu propia vida.

Nosotros nos aferramos a las viejas costumbres. Entonces el Espíritu Santo trata con nosotros para que abandonemos todo aquello y aprendamos a vivir por su propia vida, mucho mejor que la nuestra.

El Dios trino presente en la cruz

El Señor dijo a sus discípulos: *«Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado»* (Juan 13:14). Este mandamiento solo puede ser dado una vez que hemos conocido su amor, porque la condición es: *«como yo os he amado»*.

La ley decía: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* (Lev. 19:18), y esa es la mayor medida de amor que el hombre natural puede alcanzar. Pero hay un amor mayor, que es el amor de Cristo y ese amor está en nuestros corazones, derramado por el Espíritu Santo.

«Un mandamiento nuevo os doy». Porque esta vida que él nos da es una vida de donación, de entrega, de sacrificio por otros. *«Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte»* (1 Juan 3:14). Entonces, ¿cómo sabemos que efectivamente su vida ha sido intercambiada por la nuestra? En que amamos a los hermanos, porque esa es la cualidad de su propia vida, mostrada en la cruz de manera sublime.

«Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros» (Ef. 5:1-2) ¿Cuál es el sello de esa vida intercambiada? Es una vida de amor por los hermanos, una vida de entrega, de sacrificio, por aquellos que el mismo Señor amó.

Resumiendo, en la cruz se revela el amor del Padre, que dio a su Hijo, que entregó todo lo que tenía. Todo lo que tiene el Padre es su Hijo, y él lo entregó y no lo perdonó, por amor a nosotros. En la cruz se reveló el amor del Hijo, que no soltó nuestra mano aun cuando soportó todo el peso de la ira de Dios. Y en la cruz también se revela el amor del Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo y que él derrama y hace real en nuestros corazones por el poder de la cruz. ¡Bendito sea el Señor!

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

El primer día de la resurrección

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Lucas capítulo 24

El capítulo se abre con un «Mas», que al mismo tiempo que sugiere relación con lo que ya pasó, indica que lo que sigue es de naturaleza diferente.

Al final del capítulo anterior dejamos el cuerpo de Jesús reposando en la tumba de José de Arimatea; no es éste el fin de la historia, y Lucas nos conduce a él haciendo uso de este «Mas», y presentándonos, acto seguido, al Cristo viviente. Al hacerlo, narra los incidentes del primer día de la resurrección; y omitiendo todo lo que se refiere a los cuarenta días siguientes, describe la ascensión.

Lo mismo que los demás evangelistas, no detalla el hecho mismo de la resurrección; pero la mención de ella implica necesariamente el acontecimiento. Los incidentes del primer día abarcan los primeros 49 versículos; y la ascensión, del 50 al 53.

La descripción de la ascensión es breve; y ello nos hace pensar que cuando se escribió este primer tratado, Lucas estaba pensando ya en escribir otro, porque en el libro de los Hechos tenemos una descripción mucho más detallada de este mismo acontecimiento. De esta manera, Lucas presenta los últimos acontecimientos de la vida de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra.

En este primer día de la resurrección se suceden los acontecimientos los unos a los otros en la madrugada, en la tarde, y ya caída la tarde. Podemos muy bien dividir esta primera sección del capítulo en tres partes: la

mañana, versículos 1 al 12; la tarde, versículos 13 al 32; la caída de la tarde, versículos 33 al 49. En la mañana: mujeres y ángeles, versículos 1 al 7; mujeres y discípulos, versículos 8 al 11; Pedro solo, versículo 12.

La búsqueda del amor

La escena de las mujeres encaminándose al sepulcro está llena de belleza; su búsqueda fue la búsqueda del amor; estaban tratando de encontrar el cuerpo de Jesús para honrarlo; y este rasgo adquiere una belleza deslumbradora, cuando recordamos el estado de ánimo en que debieron encontrarse. Con la muerte de Jesús no solamente habían perdido a su Amigo más querido, sino que también con ello se habían desvanecido sus más caras esperanzas; admitimos que estaban equivocadas, y que no debían estarlo; de aquí a poco tanto los ángeles como el Señor mismo se los hicieron ver así; pero no hay duda de que su estado de ánimo es tal como se describe. Todavía creían personalmente en él y le amaban con un grande amor; e inspiradas por esa fe y por ese amor, se encaminaron al sepulcro a rendir a Su cuerpo los últimos honores.

Los visitantes del cielo

Cuando llegaron al sepulcro encontraron la piedra removida, y de pie a dos figuras de apariencia deslumbrante. Es interesante recordar de pasada que Lucas dice en su segundo tratado que después de la ascensión dos figuras semejantes aparecieron a los discípulos; se ha discutido mucho si eran ángeles u hombres; los demás evangelistas dicen que eran ángeles.

El asunto no es de vital importancia; lo que importa es que eran visitantes del cielo, y que el mensaje que dieron a las mujeres fue de una delicada reprensión: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (v. 5). O como otras versiones lo traducen, y que prefiero: «¿Por qué buscáis al que vive, entre los muertos?».

Esto fue lo que el cielo dijo de Jesús; él vivía, y se les recordaba a las mujeres lo que les había dicho antes de Su muerte; aquí, de una manera incidental, se sugiere algo muy interesante: los visitantes del cielo sabían, estaban enterados de lo que Jesús había enseñado a sus discípulos durante los últimos seis meses antes de su crucifixión.

Se nos dice que «*ellas se acordaron*» (8). Indudablemente que en medio de su tristeza habían olvidado lo que él de una manera bien clara les había anticipado; es decir, que después del sufrimiento y de la muerte se levantaría de nuevo. Tal vez ellas nunca se dieron cuenta del significado de esas palabras, aunque por lo que dicen los Evangelios, nunca se refirió a su muerte sin hablar de su resurrección.

Su falta de comprensión fue reprendida así, de una manera delicada, por los visitantes celestiales. Es como si les hubieran dicho: si vosotras sobre la tierra no habéis oído o no habéis entendido; nosotros en los lugares celestiales hemos oído y hemos comprendido. La resurrección no fue motivo de sorpresa para los habitantes del cielo; nos atreveríamos a afirmar que el cielo se hubiera sorprendido si la resurrección no se hubiera efectuado.

Inmediatamente después de haberse encontrado con los visitantes celestiales, contemplamos a las mujeres apresurándose a llevar a los discípulos la noticia de lo que había acontecido. No es de admirar que los discípulos no les creyeran; ya que ellos, lo mismo que las mujeres, no habían asimilado Su enseñanza sobre este asunto.

El asombro de Pedro

La última referencia que se hace a las primeras horas de la mañana, tiene que ver con Pedro. Lucas no nos da una relación completa de lo que aconteció; para encontrarla tenemos que consultar a Juan. Nos da cuenta, sin embargo, del hecho sencillo del apresuramiento de Pedro rumbo al sepulcro, y de cómo, viendo los lienzos echados, se maravilló de lo que había sucedido.

La forma de expresión sugiere que lo que había visto era prueba de la resurrección, y que fue eso lo que lo maravilló. El término que Lucas usa para describir esta admiración, no sugiere perplejidad, sino más bien asombro; y en este sentido, prodigio o maravilla. Habiendo contemplado aquello que lo maravilló, Lucas dice que se fue a su casa. Puede ser que Pedro haya tenido casa en Jerusalén, aunque es muy improbable; Juan sí tenía; y en este caso, se fue a la casa de Juan, donde había encontrado refugio cuando en aquella noche terrible y llena de sombras, entre la tormenta, había negado a su Señor, y había salido a llorar amargamente.

El Forastero de Emaús

Tales fueron los acontecimientos de la mañana de resurrección, narrados por Lucas. Luego tenemos aquellos que se sucedieron durante la tarde. *«Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén»* (13).

Debemos recordar que no era el sábado sino el primer día de la semana; y que el viaje que estos discípulos hacían cubría una distancia de más o menos diez kilómetros. Mientras caminaban, platicaban acerca de todas las cosas que habían acontecido en Jerusalén. Qué natural aparece el relato; por el momento no había otro tema de conversación, y mientras caminaban, ¿de qué otra cosa habían de hablar? La certidumbre espantosa era que Jesús había sido muerto; circulaban ya algunos rumores de que estaba vivo, pero no había ninguna confirmación de tales rumores. Uno puede imaginarse a estos dos discípulos diciéndose: «Vayámonos de la ciudad; escapemos de algún modo de las escenas que hemos presenciado y que han sido violentas y crueles».

Mientras continuaban su viaje, un Extranjero se les unió; y para mí no hay una historia más llena de belleza que ésta que narra la forma como él trató con ellos; al unírseles en el camino lo hizo de cierta manera que no le reconocieran. Uno de los misterios más destacados de estos relatos después de la resurrección, es que él era capaz de llegar cerca de los suyos sin ser reconocido, y una vez estando con ellos, demostrar la identidad de su personalidad. En la madrugada María lo había confundido con el jardinero; y estos discípulos de Emaús no lo reconocieron tampoco.

Les preguntó primero acerca de lo que iban platicando; con toda seguridad la naturaleza de su conversación se revelaba en la tristeza de sus rostros. Cuando él les hizo esta pregunta se sorprendieron de que hubiera alguien que ignorara los grandes acontecimientos de los días pasados; y expresaron su sorpresa en la pregunta que a su vez le dirigieron: *«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?»* (18).

La respuesta de Jesús es muy interesante: *«¿Qué cosas?»*. Él, que había sido la figura central de todas las cosas, y sobre quien giraban todas las

conversaciones, preguntó a estos discípulos: «¿Qué cosas?». Es evidente que su intención era obligarlos a expresar en sus propias palabras, no para información suya, sino para la salvación de ellos, la idea que tenían de lo que había ocurrido.

Cleofas, uno de los dos, respondió. Su respuesta reveló inmediatamente que en lo personal su amor por él y su fe en él no habían cambiado. Se refirió a él como «*Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra*» (19). Este lenguaje fue la expresión de la confianza más grande en Él, en su mensaje y en su propósito. Lo que dijo después dejó al descubierto la causa de su desilusión y de su desesperación: «*Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel*» (21).

El uso del tiempo pasado del verbo esperar, reveló el hecho de que la esperanza se les había muerto, aquella luz de esperanza que los había iluminado al escucharle durante su ministerio terrenal; y por cuanto esa luz se había desvanecido, habían llegado a la desesperación.

Ellos habían perdido a su Señor; pero la pérdida de Jesús mismo con todo lo espantoso que era para ellos por el afecto personal que los ligaba con él, no significaba tanto como el hecho de que esperaban que él fuera el que redimiría a Israel; y esta esperanza tan querida se les había muerto juntamente con Jesús.

Siguiendo su conversación admitieron que habían escuchado rumores de que él vivía: «*Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive*» (22).

Por la forma de expresarse, se ve que no estaban convencidos. El informe de las mujeres, no obstante, había sido ratificado por algunos que habían ido al sepulcro y hallaron como ellas les habían dicho; pero la conclusión a que llegaron fue que «*a él no le vieron*».

El cuadro que presentan estos discípulos es muy natural, y al mismo tiempo admirable. Sus corazones rebotaban de lealtad y de amor y todavía seguían creyendo en él; pero habían llegado a la conclusión de que había fracasado, y que, por consiguiente, su esperanza no podría ya realizarse;

las antorchas que habían resplandecido sobre su cielo tenebroso se habían apagado, y habían sido arrojadas entre las sombras.

¿No ardía nuestro corazón?

Luego el extraño Peregrino comenzó a hablar; y así como los ángeles lo habían hecho con las mujeres, él comenzó con palabras de tierna, pero definida reprensión: «*¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!*» (25).

No se refirió, sin embargo, a su propia enseñanza, sino a todo lo que los profetas habían dicho; hizo responsables a estos discípulos de no haber creído en su propia literatura sagrada; en Moisés y en los profetas ellos podían haber encontrado la declaración de que el Mesías debía sufrir, y que por medio del sufrimiento habría de entrar en Su gloria. Ellos, que le habían aceptado como Mesías y habían presenciado sus sufrimientos, todavía no podían creer en Su gloria.

«*Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían*» (27). Uno rara vez lee esto sin sentir que debió haber sido algo grandioso oírle; y, no obstante, no olvidemos, que antes de que él ascendiera al cielo, dijo a sus discípulos que el Espíritu vendría y los guiaría a toda verdad. Y así aconteció; en los escritos apostólicos de Pedro, de Juan, de Pablo y de Santiago, podemos encontrar ciertamente lo esencial de lo que él enseñó a los discípulos en el camino de Emaús; es decir, cómo en él se había cumplido lo que Moisés y los profetas habían dicho.

Cuando llegaron a Emaús ya el día había declinado y Lucas dice que: «*él hizo como que iba más lejos*» (28). Fue entonces cuando le dijeron: «*Quédate con nosotros. porque se hace tarde*» (29).

Ellos no sabían quién era; le habían oído decir cosas maravillosas acerca del Mesías, pero no le habían reconocido. Su invitación procedía del respeto que les inspiraba este Extranjero y de su deseo de ofrecerle hospitalidad. El camino hacia Emaús era peligroso e infestado de ladrones; no era prudente que un hombre viajara solo por allí durante la noche; por lo tanto, le rogaron que pasara y se quedara con ellos.

Los tres entraron en la casa; los discípulos son los anfitriones; él es el Huésped; hasta que de pronto él se convierte en el anfitrión y ellos en los

huéspedes. Él se les revela al tomar en sus manos el pan y partirlo; y luego desaparece. En este momento todo lo que les había dicho en el camino adquiere un nuevo significado, aunque mientras les hablaba ya les había despertado una extraña inquietud en el corazón, a la cual se refieren en estos términos: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?» (32).

Pedro a solas con Cristo

En la misma hora se levantaron para tornarse a Jerusalén, y Lucas nos hace una descripción dramática y hermosa de su llegada. Cuando entraron al lugar donde los demás discípulos estaban reunidos, antes de que pudieran hablar para contar la experiencia maravillosa que se les desbordaba dentro del corazón, escucharon las nuevas: «*Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón*» (34).

Es interesante que nos demos cuenta de la prueba de la resurrección aportada por este grupo. «*Ha aparecido a Simón*»; hay cierta reserva salpicada de belleza en esta declaración; no se nos dice en dónde se le apareció. Lo cierto es que en alguna parte le había visto, y le había visto solo. Cuando Pablo reunió las evidencias de la resurrección en su carta a los Corintios, no se olvida de decir: «Apareció a Cefas».

No hay duda de que en esta entrevista privada todo quedó arreglado entre Pedro y su Señor. Puede especularse reverentemente sobre esta entrevista de Pedro a solas con Cristo; yo puedo casi imaginar a nuestro Señor diciéndole: «Simón, hace seis meses que yo te dije todo lo que habría de acontecer, pero tú te rebelaste contra ello; aun me reprendiste por declarararte que la Cruz era necesaria, y fue entonces cuando tuve que decirte que tú no sabías las cosas que son de Dios, sino las de los hombres. Simón, he estado en la Cruz, pero he resucitado; y porque he estado en la Cruz y porque he resucitado, puedo decir a tu corazón atribulado la palabra de perdón y de paz». Esto es solo especulación, y puede ser olvidado; pero pienso que, en esencia, esto es verdadero.

En medio de ellos

Así llegamos al anochecer de ese primer día. De pronto, y mientras ellos hablaban de estas cosas: «*Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros*» (36).

Llegó con el saludo antiguo y común de la calle y del mercado: «*Paz a vosotros*». No obstante, por lo maravilloso de su llegada, lo común se transformó en extraordinario; nunca habían oído tal saludo en esa forma; el hecho de que él estuviera en pie en medio de ellos cuando las puertas estaban cerradas, los llenó de terror.

Entonces, a fin de demostrarles Su resurrección corporal, les enseñó sus manos y sus pies; pero aun así algunos no le creyeron por el gozo que de pronto se les había metido en el corazón.

Y, finalmente, apeló a otro método: les pidió de comer y comió delante de ellos; de esta manera les probó que no era sino el mismo Jesús a quien ellos habían conocido tan bien y tan íntimamente antes de la crucifixión. Luego les dio luz sobre las Escrituras; se refirió a todos sus libros sagrados cuando usó los términos: «*La ley... los profetas... los Salmos*».

Estas son las divisiones de las Escrituras hebreas: La Ley era la Torá; los cinco primeros libros. Los Profetas incluían parte de los libros históricos; y los Salmos, sección que casi siempre se conocía con el nombre de Salmos, porque éstos se encontraban en primer lugar. Él se refirió a todas las Escrituras declarando que todo lo que ellas decían había tenido su cumplimiento en él. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras; en el camino de Emaús se los había abierto a dos; ahora se los abría a todos; el término usado en cada caso es el mismo, y significa desembrollar y poner todo en orden.

La última visión

Los últimos versículos del capítulo se refieren la ascensión. Condujo a sus discípulos fuera de Jerusalén hasta Betania; hay algo más que un mero accidente geográfico en esto: él quiso conducir a sus discípulos fuera de todo lo que en la ciudad y en el Templo eran ya cosas gastadas, para agruparlos únicamente en torno suyo.

La última visión que tuvieron de él fue la de Sus manos levantadas en la actitud sacerdotal de bendecirlos. Así le contemplaron mientras se desprendía de la tierra e iba ascendiendo, hasta que sus ojos terrenales no le vieron más. Lo que hicieron fue consecuencia natural e inevitable de lo que habían oído y visto; le adoraron, y se volvieron a Jerusalén.

De: «*Los Grandes Capítulos de la Biblia*».

Vestir y comer

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31).

VESTIR

I. Su significado

Para hallar el significado del vestuario, debemos rastrear hasta el principio. Antes de la caída, probablemente Adán y Eva estaban vestidos de luz. Eran inocentes. Aunque estaban desnudos, no sentían vergüenza.

Después que entró el pecado, el primer efecto fue la apertura de sus ojos a su desnudez. Se sintieron avergonzados y cosieron hojas de higuera para hacerse delantales.

El fin básico de la ropa es cubrir la desnudez. Aquellos vestidos no habrían durado mucho tiempo, ya que las hojas pronto se secarían y se harían pedazos. Por lo tanto, Dios vistió a Adán y Eva con abrigos de piel más duraderos para cubrir el cuerpo.

El propósito de la ropa es cubrir, no exponer. Cualquier vestido que no sirva para cubrir es cuestionable; cualquier propósito que no sea cubrir también es incorrecto.

Significado representativo

Dios usa la vestimenta para representar tanto al Señor Jesús mismo como a la redención que obtenemos de él. Estamos revestidos con la salvación de Dios, revestidos de Cristo, y revestidos del hombre nuevo. Estamos tan bien vestidos que todo nuestro ser está cubierto.

Los nuevos creyentes deben entender que cuando se visten, deben ver más allá de esa ropa – a Cristo y su salvación, para decir: «Gracias a Dios,

antes yo estuve desnudo, desprovisto de cobertura ante Dios, incapaz de escapar de su luz y de su juicio; pero hoy estoy revestido de su salvación de Dios». Así como su ropa los cubre por entero, los nuevos creyentes pueden ver cómo están cubiertos por completo a los ojos de Dios. Cuán maravilloso es estar totalmente cubiertos ante él.

La regla para la ropa es cubrir. Si ella no cubre, un cristiano no debería usarla. No se debe vestir ropas que expongan en lugar de cubrir; ellas están en contra del principio de cobertura y, por lo tanto, no son adecuadas para los cristianos.

Los nuevos hermanos, que nunca han tenido experiencia en este asunto, deben tomar nota. Es posible que tengas dudas sobre algunas de tus prendas, ya sea que puedas usarlas o no. ¿Por qué no llevar esto al Señor? Pídele que te muestre si puedes usarlas. No pienses que este es un asunto insignificante.

2. Ropa de hombre y de mujer

«No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace» (Deut. 22.5). Así, pues, la Biblia prohíbe que un hombre se vista como mujer o una mujer se vista como hombre. La tendencia hoy en día es disminuir la distinción entre la ropa masculina y femenina.

Por lo tanto, los hermanos y hermanas deben tener cuidado de no usar ropa indiscriminadamente. Debemos mantener la distinción señalada por Dios: el hombre usa ropa de hombre y la mujer usa vestimenta de mujer. Cualquier intento de confundir esta distinción es deshonroso para el Señor.

3. El problema de las hermanas

Por lo general, los hermanos tienen menos problemas con la ropa que las hermanas. *«Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad»* (1 Tim. 2.9-10).

Dios tiene un requisito básico para las hermanas, y es que deben poseer el sentido de la modestia o el decoro. El pudor es su protección natural. No uses aquello que está en contra de tu sentido de la modestia. Sé so-

bria en tu forma de vestir; no uses ropa indecorosa. Es posible que no sepamos exactamente cuál es la ropa adecuada, pero cada hermana sabe lo que se considera apropiado en el área donde vive. Los cristianos no deberían vestir de una manera que los incrédulos cataloguen como inadecuada. Nuestro estándar no debe ser más bajo que el de los incrédulos. Necesitamos aprender a ser sobrios y a vestir con modestia.

COMER

La necesidad de alimentos existía antes de la caída del hombre. En Génesis 2, Dios le dio comida al hombre. Antes que el hombre pecara, Dios ya le había provisto toda clase de frutos para que comiera.

1. La necesidad

Después que Adán pecó en Génesis 3, Dios le dio la hierba del campo para comer, pero el hombre solo podría comer el pan con el sudor de su frente. Y en Génesis 9 Dios dio claramente al hombre los animales como alimento, así como anteriormente le había dado los vegetales.

¿Por qué Dios da la carne de los animales como alimento al hombre? Porque el hombre necesita tal alimento. La comida que el hombre necesitaba antes y después de pecar no era la misma. La comida mantiene la vida; sin comer, el hombre no puede continuar en la tierra.

A fin de mantener vivo al hombre, Dios ha ordenado que éste coma carne de animales, así como las hierbas del campo y los frutos. En otras palabras, Dios está mostrando que, desde que el pecado entró en el mundo, se requiere la pérdida de una vida para preservar la vida.

Los animales pierden su vida para mantener la nuestra. Antes de que el pecado entrara en el mundo, la vida podía sostenerse sin el derramamiento de sangre. Por lo tanto, hay una diferencia en la provisión de alimentos para el hombre antes y después del pecado. Los cristianos de hoy, que viven después de que el pecado entró, no deben ser vegetarianos: deben comer carne.

2. La prohibición de la sangre

Hay algo que un cristiano no debe comer: la sangre. Desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento, esta prohibición de Dios es estricta. En Génesis 9 Dios dijo a Noé: «*Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis*» (v. 4).

En Levítico 17.10-16 Dios reiteró muchas veces: *«No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado»* (v. 14). Dios no reconocerá como parte de su propio pueblo a una persona que come sangre.

En el Nuevo Testamento, en el primer concilio en Jerusalén, la iglesia se enfrentó a una gran dificultad con respecto a la ley. Santiago, Pedro, Pablo, Bernabé y otros siervos decidieron unánimes que los creyentes no debían ser obligados a guardar la ley; ellos solo debían abstenerse *«de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación»* (Hech. 15:29).

Por tanto, la importancia de la sangre es evidente. En la época de los patriarcas, Dios prohibió comer sangre a través de Noé; bajo la ley, lo mismo a través de Moisés; en la dispensación de la gracia, lo hizo a través de los apóstoles. En las tres dispensaciones, Dios dijo que no.

3. Algunas observaciones personales

El propósito de la comida es sustentar el cuerpo. Por lo tanto, come lo que nutre, y no comas lo que no es de provecho. No hagas del vientre tu dios; no te ocupes demasiado de la comida. Para los hijos de Dios, el comer tiene como fin nutrir el cuerpo y preservar la vida física.

Recordemos esto: *«Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto»* (1 Tim. 6.8). *«Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta ... Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos»* (Mat. 6:26; 28-29). El verso 26 se refiere al comer, y el 28, al vestuario. Todo está en la mano de Dios.

«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat. 6.33). ¿Qué significa *«y todas estas cosas os serán añadidas»*? A aquellos que poseen el reino de Dios y su justicia, él añadirá comida y vestido. Recuerden bien: lo que buscamos es el reino de Dios y su justicia. Todos los que han ganado el reino de Dios son aquellos que viven en la justicia de Dios. A ellos se les añadirán estas cosas.

Que los hijos de Dios sepan cómo mantener su testimonio entre los hombres en estos dos aspectos de la vestimenta y la alimentación.

Traducido de *Spiritual Exercise*, cap. 38.